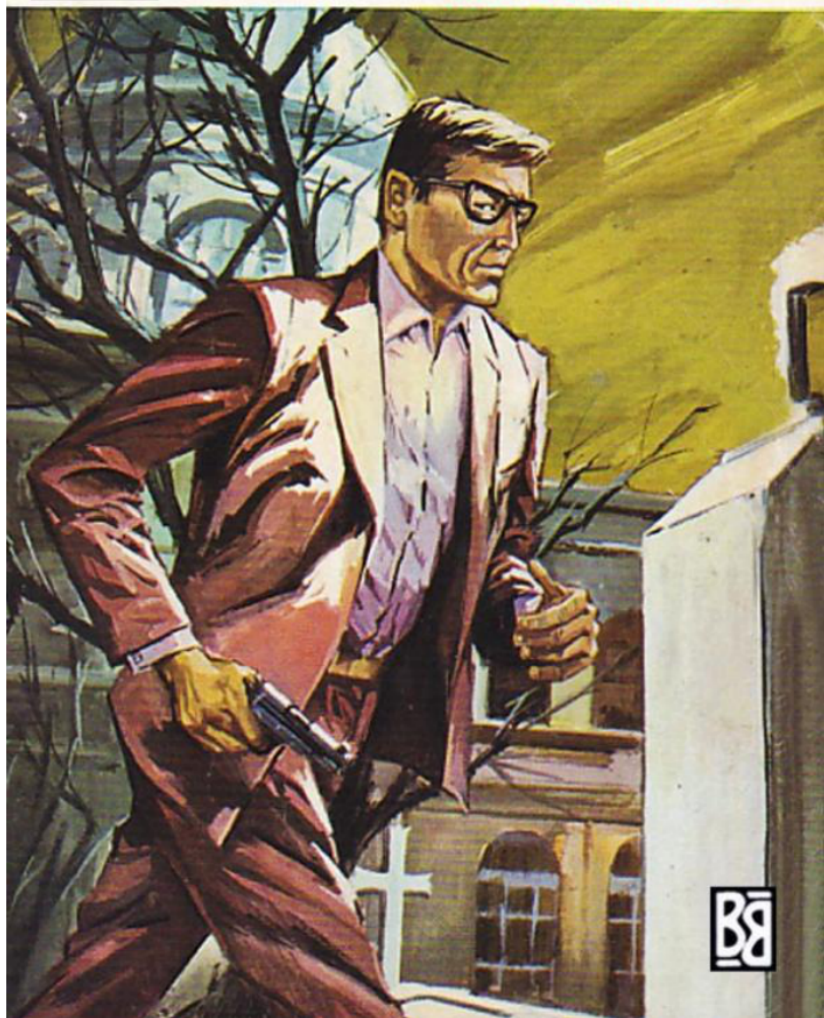


PUNTO
ROJO

el dinero del difunto

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL DINERO DEL DIFUNTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 340

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 29.124 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre, 1968

© CLAR CARRADOS - 1968
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Stanley Honnard amaneció un buen día muerto en el jardín de su residencia. Lo de «buen día», desde luego, no lo hubiera suscrito él; nadie dice una cosa semejante cuando le meten un balazo en el corazón desde dos pasos de distancia.

El señor Honnard, entre otras cosas, tenía la profesión de rico, lo que significa, en su caso, que disponía de gente encargada de ganar lo suficiente para que él pudiera decir que era rico. Lo era y mucho, decenas de millones, según el vulgo; un poco menos, según el interesado, y menos todavía, según el Pisco.

Aparentemente, no se le conocían enemigos, por lo que su muerte extrañó bastante. Pero cuando un hombre tiene millones, su peor enemigo es el dinero; siempre hay gente ávida de que el rico muera, para «forrarse» con sus despojos monetarios.

Éste, el del dinero, parecía ser el único motivo de la muerte de Honnard, porque no aparecían otros o, por lo menos, con la suficiente fuerza para cometer el asesinato. En cuanto a los sospechosos, las primeras miradas de la policía se fijaron en la viuda.

Margot Honnard había sido «rescatada» seis años antes de las garras de fotógrafos especializados en portadas de revistas y anuncios de los de a toda plana.

Eso quiere decir que era un bombón y que millones de personas habían contemplado su atractiva anatomía casi en estado natural.

Salvo algunas mandas sin importancia, la inmensa mayoría de la fortuna de Stanley Honnard pasaba a su viuda. Pero todos los testigos habían declarado que, pese a que el difunto pasaba veinte años a su esposa, la vida, común de ambos había sido irreprochable. A sus cuarenta y ocho años, Honnard había sido todavía un sujeto muy atractivo y no habían existido motivos para que Margot fijase la vista en otro hombre. Además, tampoco había por qué pensar que

ella quería todo el dinero para sí; el difunto no le había negado jamás un capricho y, bien mirado, ella nunca había sido una chica de las de tirar el dinero por la ventana.

Incluso se decía que era bastante tacaña, pero lo que disipó por completo las sospechas de la policía fue el hecho incuestionable de que Margot estaba pasando unos días con su hermana en Portland, Oregón, y esta coartada no la probaron unos testigos falsos, sino que la corroboraron numerosas personas de las cuales no se podía dudar en absoluto.

La policía continuó indagando, indagando... Al muerto lo enterraron, se dejó de molestar a la viuda, el notario leyó el testamento. Margot Honnard recibió la herencia..., y la vida: continuó.

Así es la vida. Unas semanas después; el asesinato de Stanley Honnard había sido olvidado.

Sin embargo, no se puede decir que por completo. Algunas personas lo tenían muy presente. Una de ellas, lógicamente, era el asesino.

Entonces fue cuando un buen día, cierto joven y prometedor abogado, llamado Joseph Tellent, recibió la visita de una joven que dijo llamarse Yolanda Dubbett.

La tal Yolanda contaba unos veinticinco años de edad, tenía un precioso, pelo rubio, unos ojos azules, angelicales, y una figura mareante. Tellent parpadeó durante casi un minuto cuando, tuvo a Yolanda frente a sí.

Lo primero que Yolanda hizo, fue dar su nombre. Luego dijo:

—¿Recuerda usted el asesinato de Stanley Honnard?

—Por supuesto —contestó el abogado—. Hizo bastante ruido hará unas cuantas semanas, pero ya se ha olvidado el caso. Honnard murió de un balazo en el corazón y nadie sabe quién se lo pegó.

—Así es —confirmó la chica—. Amaneció muerto en el jardín de su casa.

—Y nadie oyó el ruido del disparo, por lo que se supone que el asesino usó una pistola provista de silenciador.

—Eh efecto, ésa es la creencia común. Sobre todo, si se tiene en cuenta, que había sobradas personas en la casa para oír el estampido del disparo fatal: una cocinera, un ama de llave, dos doncellas... y yo.

—Y usted, ¿en calidad de...?

—Secretaria personal de Honnard.

—Un cargo de confianza, a lo que parece.

—Sólo lo parece, porque secretario, ya sea en masculino o femenino, viene de secreto..., y yo no conocía todos los secretos del señor Honnard.

—Los grandes hombres tienen siempre algunos secretos que no comparten ni siquiera con los más allegados.

—Efectivamente. En primer lugar, los... asuntos financieros no eran de mi incumbencia, salvo los relacionados estrictamente con la manutención de la casa. La economía de Honnard era dirigida por su abogado, Dirk Borton.

—Entonces, ¿cuál era su papel exacto con relación al muerto?

—Podría expresarse muy bien diciendo que yo era su secretaria social.

—Vamos, una especie de ama de llaves distinguida.

—Sí —confirmó la chica.

—¿Y bien? Después de hecha esta exposición, ¿qué es lo que desea usted de mí, señorita Dubbett? —preguntó el abogado.

Yolanda le miró fijamente.

—Quiero que investigue la muerte del señor Honnard.

Tellent pegó un respingo en el asiento.

—Eso ya lo hizo la policía con resultado negativo —refunfuñó.

—Tal vez no se esforzaron demasiado en llegar al fondo del asunto. El señor Honnard murió de una manera demasiado misteriosa para no desear que se aclare por completo el enigma.

—Y..., ¿quién tiene un especial interés en ello?

—Yo.

Tellent se acarició la mandíbula.

—¿Por qué? —preguntó.

—Hay algunos que creen que yo sé muchas cosas que ellos desean conocer. Eso no es cierto.

—Parece insinuarme como si hubiese recibido amenazas de muerte —dijo el abogado.

—No anda usted muy descaminado —contestó Yolanda—. Pero lo cierto es que no sé de qué se trata. Si Honnard tenía algunos asuntos muy... privados, yo los desconozco por completo.

Tellent se inclinó hacia adelante.

—¿Cree que esos asuntos pueden tener un fondo digamos turbio? —preguntó.

—No me extrañaría en absoluto, aunque no puedo, tampoco, darle una respuesta afirmativa.

—¿Y cómo sabe usted que Honnard tenía esos asuntos?

—He recibido algunas llamadas telefónicas. También una carta. Léala —respondió Yolanda, a la vez que abría el bolso y extraía un papel de su interior.

Tellent cogió el papel y lo desdobló. Era una simple nota, escrita a máquina, cuyo contenido era el siguiente:

«Puede ganarse 25 000 dólares o recibir muchos disgustos, y no sólo morales, sino físicos. Si accede a colaborar con nosotros, haga insertar un anuncio en las columnas de “personales”, del Miami Herald, diciendo simplemente: “trato hecho”, y sus iniciales. Si pasada una semana no hemos leído ese anuncio, los disgustos empezarán para usted. En caso afirmativo ya sabremos ponernos en contacto».

—Un dilema poco agradable —comentó el abogado.

—Lo es, porque, aunque yo quisiera ganarme los veinticinco mil dólares que me prometen, no podría, puesto que ignoro el asunto que motiva la oferta.

—¿Cuántos días hace que ha recibido el mensaje escrito? —preguntó Tellent.

—Cuatro —respondió Yolanda.

—Es decir, que le quedan tres de plazo.

—Sí.

Tellent reflexionó un momento.

—Los mensajes telefónicos fueron recibidos antes del escrito —dijo al cabo.

—En efecto.

—¿Fueron muchos?

—Tres..., no, cuatro.

—¿En qué espacio de tiempo los recibió?

—Unas dos semanas, aproximadamente.

—¿Puede decirme su contenido?

Yolanda cerró los ojos un instante, como si meditase. Luego los

abrió y miró al abogado.

—La voz era distinta en todas las ocasiones —declaró—. Pero siempre decían lo mismo: «Usted conoce el contenido de la caja fuerte secreta de Honnard y la combinación de apertura. Queremos que nos diga dónde está y que nos entregue lo que hay en su interior. Si lo hace, recibirá veinte mil dólares; en caso contrario...».

—¡Un momento! —exclamó Tellent—. ¿Ha dicho veinte mil dólares?

—Sí, justamente.

Tellent agitó el anónimo.

—Aquí se habla de veinticinco mil —dijo.

—Habrán subido la oferta —apuntó la chica.

—Es posible, aunque también pudiera tratarse de otra... serie de personas distintas a la anterior, interesada en el contenido de esa caja fuerte secreta.

Yolanda abrió mucho los ojos.

—¡Eso no se me había ocurrido a mí! —dijo sinceramente.

—Es una posibilidad que debemos tener en cuenta —manifestó el abogado—. Y, dígame, ¿qué sabe usted de esa caja fuerte secreta?

—Nada. Nunca había oído hablar de ella hasta que me lo dijeron por teléfono la primera vez.

—¿No la mencionó el señor Honnard en su presencia?

—Jamás —denegó ella con energía.

—¿Y su esposa?

—La señora Honnard tenía el buen gusto de no entrometerse en las actividades personales de su marido.

—Honnard tenía un abogado. ¿Qué me dice de él?

—¿Barton? Mis relaciones con él eran superficiales. Simplemente, se limitaban a entregarle un estado mensual de las cuentas de la casa, dado que Borton administraba los bienes del difunto. Pero le diré una cosa: aunque parezca raro, el señor Honnard mantenía una estrecha vigilancia sobre sus asuntos.

—Lo cual quiere decir que no era hombre capaz de aprobar una cuenta y Armarla sin más, fiado en la honradez de la persona que se la presentaba.

—Exactamente. Revisaba todo hasta el último centavo. A Borton, suponiéndole capaz de ello, le habría sido muy difícil engañarle, económicamente hablando.

—¿Y en otros sentidos?

Yolanda se encogió de hombros.

—No puedo decir nada. Yo le supongo honrado —contestó.

—Dado que no hay pruebas en contra, así hay que obrar —afirmó el abogado—. Ahora voy a hacerle una pregunta de tipo muy personal. Debe contestármela, aunque la moleste o la ofenda, porque usted, en cierto modo, me ha encargado que aclare esta cuestión.

—Así es —confirmó Yolanda—. Pregunte usted, señor Tellent.

—Señorita Dubbett, usted es muy hermosa. La señora Honnard también lo es. El difunto, por lo que sé, era un hombre bastante atractivo. ¿No hubo roces entre ambos esposos a causa de usted? ¿O entre usted misma y la señora Honnard?

Yolanda negó con un rotundo movimiento de cabeza.

—No. Para el señor Honnard, yo era una simple empleada y, por lo que yo sé, y es difícil que me engañe, estaba sinceramente enamorado de su esposa.

—En ese caso, tendremos que investigar por otro lado.

—Lo cual significa que acepta mi encargo.

—Desde luego. ¿Cómo podré comunicarme con usted?

Yolanda le entregó una tarjeta.

—Éste es mi nuevo domicilio. Aquí figura también mi número de teléfono.

Tellent leyó la tarjeta.

—Creo que usted residía en el domicilio del difunto. ¿Se ha mudado? —preguntó.

—Así es —contestó Yolanda—. La señora Honnard, muerto su esposo, consideró que mis servicios no eran necesarios y me despidió.

CAPÍTULO II

Durante largo rato, después de haberse despedido Yolanda Dubbett, Tellent permaneció quieto tras su mesa de despacho, reflexionando acerca de la conversación que acababa de sostener con la hermosa joven. El meollo del asunto, a su juicio, estribaba en la caja fuerte secreta del asesinado.

Se preguntó qué interés podría tener Yolanda en que apareciese la caja. Pero más interesante todavía era conocer su contenido.

Los mensajes recibidos por Yolanda, bien mirado, eran una especie de chantaje. ¿Procedían del asesino?

Unos sí, estaba seguro de ello. Podían ser los mensajes telefónicos o bien el anónimo. Pero dada la diferencia de la suma ofrecida, había alguien distinto al asesino que ansiaba el contenido de la caja fuerte.

¿Era éste el motivo del crimen?

Una cosa había fuera de toda duda: el contenido del cofre fuerte debía de ser muy valioso, cuando alguien ofrecía veinticinco mil dólares por ello. Lo curioso del caso era que Yolanda desconocía la existencia de tal caja hasta que se la mencionaron por teléfono.

Yolanda le había entregado un anticipo de mil dólares a cuenta. Tellent se dijo que la joven debía de tener también un gran interés en aclarar el asunto cuando, habiéndose quedado sin trabajo, arriesgaba una suma semejante para emplearla en investigaciones.

Tellent había estado a punto de renunciar, pero dos motivos le habían hecho aceptar el encargo: uno, la belleza de Yolanda; otro..., la curiosidad.

Sí, sentía una viva curiosidad por conocer el nombre del asesino.

Suspiró. Era ya tarde para iniciar cualquier pesquisa. Se había quedado solo en su despacho para terminar la lectura de unos documentos legales, que su secretaria había puesto en limpio. Mañana dejaría el trabajo preparado y pondría manos a la obra.

Apagó la luz de sobremesa y se puso en pie. En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Se extrañó. Era ya demasiado tarde para recibir visitas. Tenía su oficina en un edificio comercial y, a tales horas, había muy poca gente en los distintos pisos.

Atravesó el despacho, el antedespacho y la salita de recibo y abrió la puerta.

—Lo siento, pero ya no recibo —dijo.

Los dos hombres que había en el umbral de la puerta le miraron torvamente. Uno de ellos apoyó el índice en su pecho.

—Para nosotros, nunca es tarde —dijo, ejerciendo presión hacia adelante.

Tellent retrocedió un paso.

Eran matones, no cabía la menor duda. Vestían con elegancia, pero de una forma chillona. Ambos eran fornidos, de rostros duros, coriáceos. Se les adivinaba el bulto de la pistola bajo el lado izquierdo de la chaqueta.

El índice presionó de nuevo.

—¡Además, nuestra visita va a ser muy breve! —agregó el matón.

Su compañero cerró la puerta y echó la llave. Tellent se fijó que tenía un ojo más claro que el otro.

—Se trata de la chica que le ha visitado hace unos momentos —dijo «Ojo Pálido».

—Nosotros venimos a pedirle que olvide su visita y cuanto haya podido decirle —agregó el otro.

—Eso se llama coacción —dijo Tellent.

—Una calificación muy aceptada —corroboró «Ojo Pálido».

—Podría negarme a su petición —apuntó el abogado.

—Hemos venido aquí, precisamente, para evitar la negativa —sonrió el otro, de pelo sumamente crespo y barba tan cerrada, que aun recién afeitado, le azuleaban las mejillas. Tellent encontró inmediatamente el apodo: «Barba Azul».

Era el del índice que, de cuando en cuando todavía daba golpecitos en el pecho del abogado. A Tellent esto le molestaba muchísimo.

—Y para que no eche en saco roto nuestras advertencias, lo apoyaremos con algo más que palabras —dijo «Ojo Pálido», a la vez

que echaba la mano al bolsillo posterior de sus pantalones.

El rufián sacó una porra corta de plomo, forrada de cuero, con la que se golpeó un par de veces en la palma de la mano izquierda. Luego dio un paso hacia adelante y alzó la mano.

Tellent levantó el pie. La punta de su zapato entró en contacto con la rodilla de «Ojo Pálido», arrancándole un grito de angustia. La porra osciló en el aire y acabó por caer al suelo, mientras su dueño se dedicaba a dar saltos a la pata coja.

«Barba Azul» se quedó con la boca abierta. Tellent comprendió que era un sujeto habituado a inspirar temor a sus víctimas.

El hecho de que una de ellas se resistiese le había causado una profunda sorpresa. Tellent estiró la mano derecha y, con dos dedos, a modo de pinzas, agarró la nariz del forajido y le pegó un par de sacudidas con todas sus fuerzas.

«Barba Azul» chilló. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía ante sí a un hombre de un metro ochenta y ocho de estatura y noventa y tres kilos de peso. Tellent hizo un gesto seco y el forajido dio media vuelta en redondo.

Durante un instante, «Barba Azul» quedó de espaldas al abogado. Tellent usó nuevamente el pie derecho.

«Barba Azul» salió proyectado contra la pared con tremendo impulso. Chocó de cara, rebotó y cayó de espaldas, sin haber perdido el sentido, pero aturdido e incapaz de hacer nada positivo.

El otro parecía haber reaccionado un tanto. Procurando dominar el dolor de su rodilla, intentó sacar la pistola.

Tellent fintó a sus ojos con dos dedos de la mano. «Ojo Pálido» gimió a la vez que echaba la cara hacia atrás y, olvidado momentáneamente de la pistola, trataba de proteger su vista. Entonces, un puño que parecía un ariete se hundió en su estómago.

El rufián se dobló sobre sí mismo. Tellent le dio un ligero toque en la nuca con el filo de la mano y «Ojo Pálido» se desplomó de cara al suelo.

Acto seguido, Tellent se inclinó sobre el otro y le despojó de su pistola. La de «Ojo Pálido» pasó a su poder inmediatamente.

Esperó un rato, hasta que los dos forajidos se sentaron en el suelo, con la vista extraviada, como si no pudieran creer lo que acababa de sucederles. Tellent, sentado en una silla, con las piernas cruzadas, les contemplaba apaciblemente.

—Están desarmados y no me he dejado impresionar por sus bravatas, como han podido apreciar. Sentiría mucho actuar con mayor... intensidad la próxima vez que nos encontremos, atraque de ustedes depende que no haya próxima vez.

«Ojo Pálido» le miró con rencor.

—Esto no quedará así, se lo aseguro —gruñó.

—No. Su rodilla se hinchará y usted cojeará durante unos cuantos días —contestó Tellent sonriendo—. En cuanto a usted, tendrá la nariz como un pimiento también algunos días —se dirigió al otro.

Una pistola apareció de pronto en su mano.

—Ustedes han entrado aquí y me han atacado —siguió—. Estoy seguro de que tienen una bonita ficha en los archivos policiales. No me pasarla gran cosa si empezara a tiros con los dos, créanme.

Los rufianes parecieron muy impresionados por las palabras del abogado, quien acababa de demostrarles que, además de conocer las leyes, sabía también otras cosas muy prácticas.

—Salgan y no vuelvan —ordenó Tellent.

El mandato fue obedecido sin más.

Tellent quedó solo. Al cabo de unos minutos, apagó las luces y se dispuso a dirigirse al ascensor.

Bajó a la planta inferior. Cruzó el vestíbulo y asomó a la calle. Cuando estaba cerca del borde de la acera, oyó una voz:

—¡Señor Tellent!

El abogado miró en la dirección donde había sonado la voz. Procedía de un automóvil, cuya portezuela posterior estaba abierta.

—Entre —le invitaron.

—La invitación estaba apoyada por una pistola. Tellent sintió un nudo en el estómago.

Había tres hombres en el coche, uno de los cuales, tras el volante, parecía una estatua. Los otros dos ocupaban el asiento posterior.

—No tema —dijo el de la pistola—. No pensamos hacerle el menor daño... a menos que usted lo prefiera así específicamente.

—La verdad, ese chisme no sirve precisamente para que yo me sienta muy tranquilo —se quejó Tellent.

—Si lo prefiere, lo quitaré de su vista, pero acepte la invitación, por favor —contestó el pistolero amablemente.

Tellent suspiró.

—Si no hay otro remedio...

—No, no lo hay. Suba, abogado.

Tellent se sentó entre los dos pistoleros. El coche arrancó en el acto.

Aquello, se dijo, corroboraba sus suposiciones. Había dos bandas interesadas en la caja fuerte del millonario asesinado.

El silencio era absoluto dentro del coche, que rodaba a buena velocidad. Al cabo de veinte minutos, Tellent observó que se detenían ante una casa solitaria, situada en las afueras de la ciudad.

—Bájese —le ordenaron.

Tellent obedeció. Los pistoleros se pusieron a su lado, mientras que el conductor maniobraba para guardar el auto en el garaje.

Entraron en la casa. Un cuarto pistolero vigilaba la entrada, metralleta al brazo. Tellent cruzó el vestíbulo y uno de sus acompañantes llamó a la puerta.

Alguien la abrió desde el otro lado.

—Pase, señor Tellent —le invitó el que parecía ser dueño de la casa.

El abogado accedió. La puerta se cerró a sus espaldas.

Tellent se encontró en un lujoso despacho. En uno de los ángulos divisó un aparador lleno de botellas y copas.

—Me llamo Frank Byrd —dijo el hombre alto, delgado, de cejas picudas, nariz ganchuda y ojos negros y penetrantes—. Lamento haberle traído hasta mi casa de una forma tan poco amable, pero, dadas las circunstancias, creí oportuno actuar de ese modo. ¿Quiere algo de beber?

—Una buena copa me curará el susto —sonrió Tellent.

—No tiene motivos para sentirse asustado —dijo Byrd, mientras destapaba una de las botellas—. Nuestras intenciones son buenas..., siempre que usted se sienta inclinado a colaborar con nosotros.

Tellent tomó la copa que le ofrecían.

—Todavía ignoro la forma en que se ha de desarrollar esa colaboración —contestó—. No olvide usted que, fundamentalmente, soy un hombre de leyes.

Byrd sonrió.

—La forma de colaborar es muy sencilla —dijo—. Dedicándose exclusivamente a sus propios asuntos. Olvide otros de los que bien

podríamos decir que se salen de sus esferas habituales. Sencillo, ¿verdad?

—En apariencia, sí, pero es que no sé a qué asuntos se refiere, señor Byrd.

—¡Oh, no disimulemos! —dijo el sujeto—. Seamos francos, abogado. Desde el primer momento usted y yo sabemos que esta visita suya, forzada, por supuesto, se refiere a Yolanda Dubbett, Tellent tomó un sorbo de licor.

—Es mi cliente —respondió lacónicamente.

—Lo sé. Incluso apostarí a que le ha entregado una suma como anticipo por sus servicios.

Byrd se acercó a la mesa de despacho, tomó un sobre y se lo entregó al ahogado.

—Aquí hay suficiente para que usted devuelva el anticipo a la señorita Dubbett y quede compensado por la pérdida de tan bella cliente —dijo.

Tellent no movió un solo músculo de su cuerpo.

—Temo que se equivoca conmigo, señor Byrd —dijo con la sonrisa en los labios.

Los ojos del individuo chispearon un instante.

—Hay diez «sábanas» —dijo de modo significativo.

—Le voy a hacer una confidencia, pero no la repita. ¿Ha oído hablar usted de...? —Tellent citó el nombre de una familia famosa en Norteamérica por su opulencia monetaria.

—¡Pues claro que sí! —contestó Byrd sorprendido—. Se les calcula una fortuna cifrada en varios centenares de millones de dólares.

—Bien, en tal caso le diré que soy el fruto de unos amores ilícitos de uno de los miembros más distinguidos de esa familia. Para evitar que yo revele un secreto que podría arruinar no sólo su reputación, sino la dicha de su hogar, me pasa un renta anual de un millón. Comprenderá que diez mil dólares para mí son una futesa sin importancia.

Byrd le miró parpadeando durante un par de segundos.

—¡Se está burlando de mí! —dijo, coléricamente.

—Empezaba a creer que no llegaría a comprenderlo —repuso Tellent sin inmutarse.

El hombre levantó su dedo índice en son de amenaza. Pero no

tuvo tiempo de hablar.

Se oyeron unos gritos en el exterior. Un cristal estalló súbitamente.

Algo cayó en el interior del despacho y rodó unas cuantas veces antes de detenerse. Helado de terror, el abogado contempló la leve columnita de humo que se desprendía de la granada de mano recién entrada a través de la ventana.

CAPÍTULO III

La decisión debía ser tomada en fracciones de segundo. Tellent dio un salto hacia adelante, agarró la bomba y la arrojó de nuevo a través de la ventana.

No gritó, no dijo nada después; simplemente, se lanzó al suelo. Esperaba que Byrd siguiera su ejemplo. Cuando caía, explotó la bomba.

Los cristales volaron en mil pedazos y las cortinas se agitaron violentamente. Tellent creyó que se quedaba sordo por un momento.

Un automóvil rugió al escapar a toda velocidad. Afuera sonaron gritos. Tellent no sabía si eran de rabia o de dolor.

Se puso en pie. Byrd le miró, agachado tras su mesa de despacho.

Estaba mortalmente pálido.

—Parece que la competencia se mueve —dijo Tellent sarcásticamente.

El suelo estaba sembrado de trozos de cristal. Un hombre abrió la puerta violentamente y dio dos pasos en la habitación.

—¿Está bien, jefe? —preguntó.

—Sí. El señor Tellent devolvió la bomba antes de que explotara.

—¡Eso ha sido cosa de...!

—¡Cállate, Luke!

La frase sonó tajante, demasiado, a juicio del abogado. Tellent sonrió.

—¿No quiere que sepa el nombre de la persona que lanzó la «piña»? —dijo.

—Sal, Luke —ordenó Byrd—. La policía no tardará en llegar. Luego hablaremos.

—Bien, jefe.

Ya se oía, a lo lejos, el alarido de una sirena.

—De modo que rechaza mi oferta —dijo Byrd.

—Ahora más que nunca —contestó Tellent.

—Está bien. En ese caso, deberá enfrentarse con las consecuencias.

La puerta estaba cerrada. A pesar de que el sonido de la sirena se oía cada vez más cerca, Tellent mantuvo su semblante impasible.

Caminó hacia la ventana y corrió las cortinas. Luego hizo una seña con la mano.

—Acérquese, señor Byrd —dijo.

El hombre obedeció maquinalmente, intrigado por la actitud de su huésped. Tellent se movió de pronto con increíble rapidez.

Antes de que Byrd pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, se encontró apresado por los recios brazos del abogado, vuelto de espaldas a él. Una sólida rodilla se apoyó en sus riñones, mientras sentía que su cuello quedaba oprimido por un brazo de fuerza indescriptible.

Tellent hizo presión. Las vértebras de Byrd crujieron ominosamente.

—¡Su... él... te... me...! —jadeó el individuo.

—Escúcheme bien lo que voy a decirle. Hice un año de servicio en comandos. Conozco trucos de lucha de los que usted no ha oído hablar siquiera. Soy capaz de derribar a un hombre de un solo disparo a sesenta pasos de distancia, aunque corra como un gamo. Ahora mismo, me bastaría apretar un poco más para partirle el espinazo.

»¿Cómo cree —continuó el joven—, que de otro modo habría sido capaz de devolver esa bomba de mano? Si no hubiera sido por mí, usted estaría convertido en picadillo. Y todo lo que se le ocurre es continuar con sus amenazas. Bien, oiga lo último que he de decirle:

»No estoy acostumbrado a imposiciones. Si sigue intimidándome, molestándome, estorbando mi actuación, si molesta o daña a mi cliente, vendré aquí y, con gorilas o sin ellos, le romperé todos los huesos uno por uno».

El coche policial se había detenido ya frente a la casa. Byrd sudaba de pánico.

Tellent empujó a Byrd. Lo hizo con cierta potencia, suficiente para obligarle a atravesar corriendo la estancia, pese a sus esfuerzos

por refrenar la marcha. Byrd tropezó con un sillón, dio una aparatosa voltereta y cayó al otro lado aturdido, en el momento en que se abría la puerta y entraban dos hombres de uniforme.

El abogado sonrió.

—Será preciso que pidan una ambulancia —dijo—. La explosión ha afectado un tanto al señor Byrd.

Detrás de los policías, el tipo llamado Luke le miró con infinito asombro. Tendido en el suelo, Byrd se quejaba débilmente.

Uno de los policías se acercó a la mesa y levantó el teléfono:

—¡Póngame con el hospital General, por favor! —pidió.

Era cosa de investigar. ¿Por dónde empezar?, se preguntó Tellent a la mañana siguiente.

Sonrió mientras se afeitaba. A pesar de sus protestas, Byrd había sido trasladado al hospital. Los policías no habían querido creer que estaba en el suelo a causa del empujón que le había propinado su visitante.

Tellent lo había negado en redondo. Únicamente admitió haber devuelto la bomba, pero la ventana destrozada corroboraba sus manifestaciones de que la onda explosiva había derribado al sujeto.

Luke le había mirado de muy mala manera. Aunque confirmó las palabras de su jefe, los policías tampoco le creyeron. Incluso le obligaron a callar casi a la fuerza.

Tellent había salido de la casa, después de contestar a unas preguntas casi de pura fórmula. Le habían citado para declarar al día siguiente y prometió acudir.

Después de vestirse, acudió a su oficina. Preparó rápidamente el trabajo, anunció a su secretaria que, muy probablemente, estaría fuera todo el día y luego se dirigió a la jefatura de policía.

Conocía a un sargento llamado Matt Coltin, con el que había hecho su servicio militar. Coltin le recibió apenas le fue anunciada su visita.

—Creí que ya te habrías olvidado de mí —dijo, mientras le estrechaba la mano—. Claro que es lógico; te has convertido en un abogado que promete mucho y yo sigo siendo un vulgar funcionario policial.

—Matt, en tu esfera, eres uno de los hombres que más vales —contestó el joven—. En ocho años has llegado a sargento. Dame cinco más y te felicitaré por tu ascenso a teniente. No todos llevan

una carrera tan rápida como la tuya.

Coltin hizo una mueca.

—No puedo quejarme —admitió—. Bien, vayamos al grano..., porque no has venido aquí solo para recordar tiempos pasados, ¿verdad?

Tellent sonrió.

—Eres un tipo muy perspicaz, sargento —dijo—. Quiero que me des informes de un sujeto llamado Frank Byrd.

—¿«El Buitre»?

—No sé si le llaman así, pero ahora que me doy cuenta, tiene cara de buitre, en efecto.

—¿Qué tienes tú que ver con él, Joe? —quiso saber el sargento.

—Me llamó anoche a su casa. Bueno, eso de que me llamó... Envío a tres de sus gorilas a buscarme. Habrás leído los periódicos, supongo.

—Sí. Atentaron contra él.

—Pasé mucho miedo —confesó el abogado.

—Te creo. Una bomba de mano a punto de estallar no es para echarse a reír. Yo no sé si hubiera sido capaz de actuar como tú, Joe.

—Habrías hecho —lo mismo. Recibimos un entrenamiento idéntico y estamos capacitados para reaccionar de una forma muy similar.

—Sí, pero cada hombre es distinto y... Bien, de modo que «El Buitre» te llamó. ¿Para qué, Joe?

—Quiere que despida a un cliente.

—¿Nada más?

—Nada más. Me negué, claro.

Coltin se acarició la mandíbula.

—¿Qué ganas tengo de desplumar a ese maldito «Buitre»! —declaró sinceramente—. Tiene unos cuantos negocios nada limpios, Joe.

—¿De qué clase?

Coltin se lo explicó. Tellent asintió.

—Me lo figuraba. Oye, ¿sabes tú si Byrd pudo tener alguna relación con Stanley Honnard?

—¿Cómo? ¡Oh, es absurdo! Honnard podría ser un parásito de la sociedad, un tipo que vivía sin dar golpe, merced a sus millones,

pero era honrado. Al menos, en ese aspecto.

—Ya —murmuró Tellent—. ¿Qué me dices de dos tipos fornidos? Uno de ellos tiene un ojo más claro que el otro y el segundo posee una barba de esas que hay que afeitar dos o tres veces al día.

—Decky Sames y Alf Grite —contestó el policía sin vacilar—. Dos pájaros de cuenta, que obedecen las órdenes de un cabecilla llamado Johnny Ruppino, alias «El Frío».

—Otro forajido.

—Sí, con los mismos «negocios» de «El Buitre», pero rivales. Oye, ¿desde cuándo te mezclas tú con esa gentuza?

—Desde que mi cliente me encargó investigar el asesinato de Stanley Honnard.

Coltin se abochornó.

—Todavía no hemos podido descubrir al asesino —confesó.

—¿Ni siquiera los motivos del crimen?

—No. ¿Te ha encargado eso tu cliente?

—Sí. Ha recibido proposiciones.

—¿Qué proposiciones?

—Dinero o daños físicos, incluso la muerte.

—¿Quién es?

—Yolanda Dubbett, la secretaria de Honnard.

El policía silbó.

—¡Un bombón! —dijo—. Tienes gusto, ladrón.

—Ella vino a buscarme —rió Tellent—. Al parecer, hay una caja fuerte secreta, en la que se guarda algo muy importante. La caja pertenecía a Honnard, por supuesto, pero Yolanda ignoraba su existencia hasta que se lo comunicaron por teléfono. No tiene ni idea del contenido de esa caja.

Coltin se inclinó hacia adelante.

—Sigue, Joe. Eso es muy interesante —dijo.

Tellent explicó a su amigo todo lo que sabía al respecto. Al terminar, Coltin dijo:

—Esto promete muchas cosas nuevas en el caso Honnard. Te ayudaré en lo que pueda, pero tenme al corriente de tus investigaciones. No te extralimites, ¿comprendes?

—Al menos, podré defenderme si soy atacado.

—No se te niega ese derecho, desde luego. Pero no me pongas

en evidencia, te lo suplico.

—Descuida, Matt. Una pregunta más. ¿Sabes dónde vive «El Frío»?

Coltin escribió algo en un papel y se lo entregó a su amigo.

—Cuidado. No le llaman «El Frío» por nada, ¿comprendes?

Tellent sonrió.

—Esos tipos están acostumbrados a que la gente se «arrugue» apenas tosen. No pases cuidado por mí. —Se puso en pie—. Gracias por tus informes, Matt. ¿Cuándo te casas?

—¡Joe! ¡Que tengo ya un chico y el segundo está en camino!

—Lo siento. Hemos vivido distanciados... Yo sigo soltero, ¿sabes?

—Podría decir «¡Qué suerte!», pero no; yo estoy muy contento con mi esposa y el chico... y lo que va a venir —sonrió, abiertamente el policía—. A ver cuándo me imitas.

—Ya llegará la ocasión, Matt.

—Cuando menos lo esperes, Joe, cuando menos lo esperes.

CAPÍTULO IV

La secretaria lanzó un hondo suspiro al recorrer con la vista la impresionante figura del visitante. Luego abrió la puerta y se echó a un lado.

—Pase usted, señor Tellent. El señor Borton le está esperando.

—Muchas gracias, señorita.

Tellent cruzó el umbral. Dirk Borton, el abogado del millonario asesinado, se puso en pie para recibirle.

Era un hombre delgado, de rostro inteligente y vestido con suma pulcritud. En un juicio, se dijo Tellent, sería un mal enemigo.

—Celebro conocerle, señor Tellent —dijo Borton—. Siéntese, por favor, y dígame en qué puedo servir a un distinguido colega.

—Gracias, señor Borton —contestó el joven—. Se trata de un asunto relacionado con un cliente suyo ya fallecido: Stanley Honnard.

Los ojos de Borton se empequeñecieron un momento.

—Un asunto lamentable —dijo—. La incapaz policía de esta ciudad no ha resuelto aún el caso.

—Sí, es cierto, pero a veces, usted lo sabe bien, las investigaciones policiales duran meses y meses. No obstante, debemos confiar en su pericia.

—Por supuesto. Pero ¿qué tiene usted que ver con este asunto?

—Actúo por cuenta de un cliente cuyo nombre me reservo por el momento. Su vida ha sido amenazada si no facilita ciertos datos relativos al difunto Honnard.

—¿Qué datos? —preguntó Borton.

—¿Alguna vez oyó usted hablar de la caja fuerte secreta de Honnard?

Borton alzó las cejas, sorprendido.

—¿Una caja fuerte secreta? ¿De Honnard? ¡Absurdo! Yo custodiaba sus documentos más importantes.

—Quizá no se trate de documentos —apuntó Tellent.

—¿Quién le ha dado esa información?

—Mi cliente.

—Debe de ser persona allegada a Honnard para conocer un detalle semejante.

—Lo fue, desde luego, aunque sin parentesco sanguíneo o legal.

—¿No puede usted decirme su nombre?

—¿Para qué? Si usted no sabe nada de esa caja fuerte, el nombre de mi cliente no le ayudará para nada. Y, mientras pueda, yo deseo mantenerlo en secreto.

Borton asintió.

—Es un acto encomiable. La discreción profesional, por encima de todo —alabó—. Pero no, no sabía nada de esa caja fuerte.

—¡Lástima! —suspiró el joven—. Puede que encontráramos en ella la clave del asesinato. ¿Qué tal era el estado financiero de Honnard?

—¡Magnífico! Puedo asegurarlo con conocimiento de causa, porque yo administraba sus bienes. Y sigo administrándolos, dado que la viuda me ha honrado con su confianza. No hay razones para suponer el menor quebranto económico en la fortuna de mi difunto cliente.

—Eso es motivo de congratulaciones —sonrió Tellent—. Bien, darle que la razón de mi visita ha sido expuesta ya y usted no puede darme más detalles, habré de retirarme. Siento haber empleado unos minutos de su tiempo, señor Borton.

—Ha sido un placer, colega —aseguró Borton.

Tellent se puso en pie.

—A propósito, ¿puede decirme si la señora Honnard continúa en la ciudad?

—Sí, pero le advierto que no suele recibir visitas. Si quiere algo de ella, habrá de conseguirlo por mi mediación.

—Fue una pregunta banal —sonrió Tellent—. Encantado, colega.

—Adiós, señor Tellent.

El joven abandonó la oficina de Borton. El lujo de la misma le había indicado que las minutas del abogado de Honnard no debían de tener nada de livianas.

La secretaria le miró, suspirando con ímpetu. Tellent creyó oír crujidos de tela a punto de rasgarse. Le dirigió una mirada y ella

estuvo casi a punto de desmayarse.

Salió a la calle. No se podía asegurar que la conversación con Borton hubiera resultado demasiado fructífera.

Sin embargo, le había servido para conocer a uno de los personajes implicados en el drama, si bien no culpablemente. Investigar el asesinato de Honnard era algo que iba a requerir mucha paciencia.

Y también algo más que paciencia: valor.

Después de lo sucedido la víspera, iba a necesitarlo.

O tendría que dejar, abandonar el caso.

Pero no lo abandonaría. Había algo que se lo impedía, sobre cualquier otra consideración: los azules ojos de Yolanda Dubbett.

En la calle sacó el papel que le había dado su amigo el policía, con la dirección de Johnny «El Frío». Johnny merecía los honores de una visita suya.

Agitó una mano. Un taxi se detuvo junto al bordillo de la acera.

Minutos más tarde, llamaba a una puerta de apariencia normal. Alguien le escrutó a través de una mirilla.

Creyó oír una exclamación de sorpresa. Sonrió. Le habían reconocido.

Seguramente, los esbirros de Johnny «El Frío» no se le imaginaban con tanta audacia como para ir a su propia guarida. Tuvo que esperar un largo minuto. Era evidente que el observador había ido a consultar con su jefe.

La puerta se abrió al cabo. Tellent se dio cuenta de su inusitado grosor.

«Está blindada», pensó.

Becky Sames, alias «Ojo Pálido» le miró de muy mal talante.

—¿A qué diablos ha venido aquí? —preguntó.

—A hacerle masajes en la rodilla —contestó Tellent sin inmutarse—. Pero después de haber visto a Johnny «El Frío».

—A él no le gusta que le llamen así —advirtió Sames—. Pase, le está aguardando.

—¡Qué bien! —murmuró el joven burlonamente.

El piso era de gran lujo. Tellent se dijo que los «negocios» de Ruppino marchaban viento en popa.

Alf Grite le dirigió una mirada atravesada. Su nariz parecía un pimiento.

—Venga —dijo «Barba Azul».

Tellent le siguió. Grite abrió una puerta. Un sujeto, armado con una metralleta, permanecía junto al umbral.

Frente a la puerta, sentado en un gran diván, vio a un hombre de unos cuarenta años, delgado, de rostro muy blanco y ojos con pupilas sumamente pálidas. La expresión de Ruppino era impenetrable.

—Cierra, Alf. Tú, Koss, quédate.

Koss debía de ser el tipo de la metralleta, se dijo Tellent. Advirtió que la puerta de la estancia estaba también blindada, aunque las chapas de acero desaparecían tras un moderno acolchado.

—Soy Ruppino —dijo «El Frío»—. ¿Qué quiere de mí, abogado?

—Ya le han dicho mi nombre, ¿verdad?

—Sí. Los chicos le vieron anoche.

—Y le habrán contado sin duda lo que les pasó.

—Se sorprendieron un poco. No les ocurrirá por segunda vez —contestó el pandillero.

—Mejor para ellos —dijo Tellent—. ¿Qué hay de la caja fuerte de Honnard?

«El Frío» arqueó las cejas:

—¿Qué caja fuerte? —repitió—. No sé nada de ese asunto.

Tellent guardó silencio un momento.

Koss, el de la ametralladora, estaba a su izquierda, encañonándole con el arma. Johnny Ruppino se sentía muy seguro bajo su protección.

De repente, Tellent movió la mano izquierda, apartando a un lado el cañón del arma. Koss lanzó un grito de sorpresa.

Tellent hizo una tijereta. El pie derecho golpeó la metralleta, que voló por los aires.

Koss vaciló. Antes de que pudiera recuperarse, un terrorífico derechazo del abogado lo levantó del suelo, proyectándolo contra una pared cercana. Koss cayó al rebotar y quedó inmóvil.

Johnny lanzó un rugido de ira y se puso en pie, a la vez que metía la mano derecha en el interior de su chaqueta. Tellent cayó sobre él, agarró su muñeca y la retorció con fuerza.

Tellent estaba seguro de que los ruidos no se oirían fuera de la estancia. Sacudió el brazo de Ruppino y los dedos de éste, sin

fuerza, soltaron la pistola.

Durante unos segundos, los dos hombres se miraron frente a frente, las caras a muy pocos centímetros de distancia. Luego, de repente, Tellent hizo un veloz movimiento con la mano y el forajido salió disparado dando vueltas sobre sí mismo.

Ruppino tuvo tiempo de apoyar ambas manos en la pared para evitar un choque demasiado duro. Luego giró para enfrentarse con su huésped, pero no lo encontró.

Dos dedos le tocaron en el hombro.

—Estoy aquí.

«El Frío» volvió la cabeza. Un codo ascendió hacia su mandíbula y lo proyectó hacia un sillón, sobre el que cayó sentado. Antes de que pudiese levantarse, dos manos cayeron sobre él y le izaron en vilo.

Ruppino pataleaba frenéticamente, mientras que de sus labios se escapaban horribles imprecaciones. Tellent aflojó los dedos y el cuerpo del rufián se estrelló contra el suelo.

Ruppino, sin embargo, era más resistente de lo que parecía. Se levantó de un salto, pero se encontró con el puño recién estirado de su belicoso visitante. Sintió un vivísimo dolor en la nariz y cayó hacia atrás.

Sentado en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas, se agarró la nariz con ambas manos. Tellent se inclinó hacia él.

—¿Tienes bastante o quieres más? —preguntó cortésmente.

—Está bien —gimió Ruppino—. No me pegue más. Pero..., ¡maldita sea!, ¿qué es lo que quiere usted?

Tellent estiró una mano, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo izó en vilo, lanzándolo sobre un diván.

—Esto ha sido como un prólogo para que otra vez no envíes a mi casa a ninguno de tus repugnantes esbirros —dijo el abogado—. Y también una advertencia y un aviso de lo que te puede pasar si persistes en tu negativa a contestar a mis preguntas.

—¡Diablos! ¡Pero si todavía no me ha hecho ninguna!

—Ahora voy a empezar —manifestó Tellent amablemente—. ¿Qué sabes de la caja fuerte secreta de Honnard?

—Bueno, yo... existe, es todo lo que sé...

—Eso también lo sé yo, pero ¿qué hay adentro?

—Cosas —dijo Ruppino displicentemente.

Tellent le dirigió una terrible mirada.

—¿Tan pronto has olvidado el «tratamiento»? —preguntó.

El rufián se movió inquieto en el asiento.

—Es que no lo sé a ciencia cierta...

—Bueno, al menos, dímelo aproximadamente.

Ruppino plegó los labios. Tellent cerró el puño.

—¡No! ¡No me toque más! —dijo Ruppino, lleno de pánico—. Hay documentos y dinero, eso es todo lo que sé.

—¿Documentos y dinero? ¿Qué clase de documentos?

—Bueno, digamos... comprometedores...

—Chantaje, ¿eh?

Ruppino hizo un gesto ambiguo.

—Se podría sacar un buen pico de esos documentos —contestó.

—Y tú, ¿cómo sabes que los tenía Honnard?

—Trabajando.

—Trabajando, ¿en qué?

—En averiguarlo, naturalmente.

—¡Qué gran espía se ha perdido el país! —dijo Tellent sarcásticamente—. ¿Cuál es tu disfraz favorito? ¿El de rata?

—No me insulte —gruñó Ruppino.

—Estaba insultando a las ratas —contestó el abogado, mordaz—. ¿No tienes la menor idea de dónde puede estar esa caja fuerte secreta?

—Está en casa de Honnard, es todo lo que sé.

Tellent dedujo que el pandillero hablaba con sinceridad.

Si Ruppino o su rival Byrd hubieran sabido dónde se hallaba la caja fuerte de Honnard, él ni siquiera habría recibido la visita de Yolanda Dubbett.

Una cosa había fuera de toda duda; lo que la caja contenía era muy valioso. Las fuerzas desplegadas por ambos cabecillas así lo demostraban. Y que estaban dispuestos a conseguir el contenido de la caja fuerte, sin reparar en medios, también quedaba demostrado por lo que había visto hasta entonces.

Ruppino ya no le diría nada más de interés, decidió. Estiró el brazo izquierdo, lo agarró por el cuello de la camisa y lo levantó a pulso.

—Escucha, miserable —dijo con voz profunda—, no vuelvas a cruzarte en mi camino o vendré aquí y te aplastaré como a un

insecto. Si crees que hablo en broma, es que no me conoces bien.

Inspiró profundamente.

—Anoche hiciste que uno de tus sicarios tirase una bomba de mano a un sitio donde yo estaba —concluyó—. Voy a cobrarme el susto que me hiciste pasar.

Disparó el puño derecho. Se oyó un crujido y Ruppino puso los ojos en blanco.

Tellent abrió los dedos. El rufián cayó hecho una masa inerte sobre el diván.

Segundos más tarde, Tellent dirigía a Decky Sames una amable sonrisa.

—El jefe ha dicho que no se le moleste durante un buen rato —manifestó, mientras se dirigía hacia la salida.

CAPÍTULO V

Tellent llamó a la puerta y esperó algunos segundos. No tardó en tener ante sí la atractiva figura de Yolanda Dubbett.

—¿Cómo está? —saludó él con la sonrisa en los labios.

Ella sonrió también.

—Me alegro de verle —dijo—. Pase, señor Tellent.

El abogado cruzó el umbral. Tellent observó que Yolanda vivía en un piso modesto, pero decorado con gracia. Ella vestía un sencillo traje de hilo, sin mangas, que proporcionaba a su silueta un singular encanto.

—¿Quiere tomar algo? —invitó la joven.

—Gracias —contestó él—. He desayunado hace poco. En realidad, no pensaba venir a verla, pero puede decirse que mi ruta pasaba no lejos de su domicilio y decidí detenerme un poco para hablar con usted. Si no le es molesto, desde luego.

Yolanda hizo una inclinación de cabeza.

—En absoluto. Siéntese, abogado, por favor.

—Gracias. —Tellent sacó cigarrillos. Yolanda rechazó la invitación a fumar y él encendió el suyo—. Supongo que habrá leído los periódicos —dijo luego.

—Sí. ¡Debió de ser horrible! ¡Aquella bomba a punto de estallar!

—No fue agradable, en efecto. Pero todo lo ocurrido, más un par de visitas que hice ayer, me han convencido de que existe la caja fuerte y que contiene algo de muchísimo valor.

—Eso mismo supongo yo, aunque no se me ocurre qué puede haber dentro de la caja.

—Documentos y dinero, señorita Dubbett.

Yolanda mostró sorpresa.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un tal Johnny «El Frío». Es el jefe de los dos tipos que la siguieron a usted hasta mi despacho. Un tipo recomendable,

créame.

—Usted parece conocerle muy bien —dijo ella un tanto decepcionada.

—Sólo le he visto una vez. «El Frío» fue quien ordenó lanzar la bomba para eliminar a su rival, Frank «El Buitre». Lo malo fue que yo estaba allí y me llevé un buen susto. No se vaya a creer que yo soy un abogado de rufianes. Lo que pasa es que, por llevar a cabo la investigación que usted me encomendó, he tenido que relacionarme con ellos.

Yolanda pareció sentirse aliviada.

—Entonces, veo que no me he equivocado al dirigirme a usted —dijo.

—No lo creo —sonrió Tellent—. ¿Quién le dio mi nombre?

—Usted intervino hace poco en un caso un tanto ruidoso. Los periódicos publicaron un par de fotografías suas. Me pareció usted audaz, inteligente y... honrado.

—Me siento la mar de hueco con esos elogios —dijo el abogado—. Un tanto exagerados, pero ciertos en el fondo, sobre todo, los relativos a la honradez. De modo que usted no tiene la menor idea de dónde puede hallarse esa caja fuerte.

Yolanda hizo un gesto negativo.

—En absoluto, créame.

Tellent se acarició la mandíbula con una mano.

—El caso es que debe de haber algo dentro de muy elevado valor —murmuró reflexivamente—. Tendré que visitar a la viuda, no me queda otro remedio.

—Dudo mucho que Margot Honnard sepa algo al respecto —manifestó Yolanda.

—¿Por qué dice eso?

—La señora Honnard no tenía relación alguna con los asuntos económicos de su esposo. Ella disponía de una cuenta corriente para sus gastos personales y el señor Honnard reponía fondos cuando su esposa le indicaba que la cuenta estaba a punto de agotarse.

—Bueno, pero creo que, al menos, debo intentar algo, visitándola. —Tellent se puso en pie—. Iré a verla esta misma mañana.

Yolanda se incorporó también.

—¿Me comunicará el resultado de su gestión? —preguntó.

—Por supuesto. —Tellent fijó la vista en el teléfono, situado sobre una mesita cercana—. Espere un momento.

Se acercó al aparato y lo levantó, llevándoselo a la oreja. Inmediatamente sonó un «clic» revelador.

Volvió a depositar el teléfono sobre la horquilla. Yolanda le contemplaba con curiosidad.

—¿Qué es lo que está haciendo? —preguntó.

En lugar de contestar, él se acercó lateralmente a la ventana. Apartó una de las cortinillas y miró a la calle.

Yolanda le contemplaba con extrañeza. Tellent estuvo Observando un momento y, al fin, se volvió hacia ella.

—Su teléfono está intervenido —dijo—. En la calle hay un tipo que vigila la casa. Usted no podrá dar un paso sin que cada uno de sus movimientos quede anotado.

—¡Oh! —exclamó ella, atónita.

—Pero no creo que le causen daño, por el momento.

Les interesa encontrar la caja fuerte secreta y creen que usted sabe dónde está.

—¡Eso no es cierto! ¡Yo desconocía su existencia hasta que...!

—Lo sé, lo sé —atajó Tellent las protestas de la joven—. Pero hay otros que piensan de diferente manera. Está bien, de todas formas, tenga mucho cuidado con lo que habla.

—Apenas uso el teléfono —dijo Yolanda.

—En tal caso siga como hasta ahora. Yo voy a ver a la señora Honnard. En cuanto sepa algo positivo, vendré a verla.

—¿Personalmente?

—Por supuesto. Es decir, a menos que tenga otro trabajo...

Yolanda movió la cabeza negativamente.

—Por ahora puedo esperar —contestó.

—Muy bien. En ese caso, no quiero seguir molestándola.

—No ha sido molestia —sonrió ella.

Acompañó al abogado hasta la puerta. Tellent se fijó en que había una cadena de seguridad.

—Póngala apenas haya salido yo —indicó.

—Lo haré —prometió la joven.

Tellent salió a la calle. Desde la puerta del edificio lanzó una mirada hacia el sujeto que, apoyado en una pared de enfrente, leía el periódico con aparente entusiasmo.

Tellent dio un pequeño rodeo y luego caminó hacia el hombre, tocándole en un brazo para llamar su atención.

El sujeto volvió la vista hacia él. Con una amplia sonrisa en los labios, el abogado dijo:

—Me llamo Joseph Tellent, abogado de profesión, y resido en la calle Cermyn, número 312. En estos momentos vengo de visitar a la señorita Yolanda Dubbett, la cual vive en la casa de enfrente, planta novena, departamento P. Ahí, a dos pasos de distancia, tiene una cabina telefónica. Vaya y comuníqueme la noticia a su jefe.

El hombre estaba atónito. Tellent metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda.

—¡Ah, lo olvidaba! ¡Quizá no le dieron dinero para gastillos! ¡Ya tiene para poder telefonar!

Y antes de que el sujeto pudiera reaccionar de la sorpresa recibida, Tellent, silbando alegremente, reanudó su camino.

Tal como había supuesto, la residencia del millonario asesinado era grande y rezumaba lujo por todas partes. En la piscina habría cabido un barco de mediano porte y el parque que rodeaba a la mansión parecía inacabable.

Al fondo, entre los árboles, divisó una caseta con puerta de hierro. A juzgar por el aspecto, dedujo que debía de contener los aparatos para la renovación y purificación del agua de la piscina. Acompañado por el guarda de hosco aspecto que le había recibido en la cancela de la entrada, llegó a la casa y fue depositado, metafóricamente, en manos de una doncella.

Tellent le entregó su tarjeta de visita. La doncella prometió pasársela a la dueña de la casa.

El abogado esperó en un vasto salón, elegantemente amueblado. No tardó en tener ante sí a Margot Honnard.

Era una espléndida mujer, de cabello intensamente negro y ojos profundos, tan bella como cuando, seis años atrás, era una de las favoritas de los fotógrafos de portadas de revistas. Ahora contaba treinta y el tiempo no había hecho sino madurar, mejorando si era posible, su belleza.

Margot le indicó un sillón. Luego, ella se sentó frente a su visitante con la tarjeta sujeta por unos dedos rematados por uñas escarlatas.

—Usted dirá, señor Tellent —habló con voz suave y melodiosa

—. A juzgar por la profesión que figura en su tarjeta de visita, debe de tratarse de un asunto legal.

—No diría yo que no —contestó el joven—. Siento mucho lo que voy a decirle, pero he de manifestarle que lo hago atendiendo las órdenes de mi cliente.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Repito que lo lamento mucho... pero no puedo olvidarlo. Es un asunto relacionado con su difunto esposo.

Margot cerró los ojos un momento, a la vez que se ponía una mano en el pecho.

—¿Es necesario que me mencione ese desgraciado suceso, que tanto daño me ha causado? —preguntó desmayadamente.

—No puedo evitarlo, señora Honnard —contestó Tellent—. Le ruego tenga en cuenta, además, que mis esfuerzos están encaminados al esclarecimiento del crimen, cosa en la que también la supongo a usted interesada.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—Continúe, por favor —dijo.

—Bien, el hecho es que he podido averiguar que su esposo tenía en la casa una caja fuerte secreta, cuyo emplazamiento, al parecer, conocía él solo. ¿Le oyó alguna vez mencionar esa caja fuerte?

Yolanda le miró, vivamente sorprendida.

—¿Una caja fuerte secreta? ¡Nunca oí a Stanley hablar de una cosa semejante! —exclamó.

—Y, sin embargo, es cierto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Sería un poco largo de explicar, pero debe saber que hay, por lo menos, dos personas interesadas en el contenido de esa caja fuerte, en donde hay documentos y dinero. Los documentos parecen tener una gran importancia y, en cuanto al dinero, debe de tratarse de una suma bastante crecida.

Margot movió lentamente la cabeza.

—Es la primera noticia que tengo de ello —dijo.

—Tengo entendido que usted no se preocupaba por las finanzas de su marido.

—Así es. Soy muy torpe para los asuntos económicos. Pero ¿quién le ha dado tales informes de mí?

Tellent sonrió.

—Una expleada de esta casa —contestó.

Margot se puso rígida.

—Supongo que se refiere usted a Yolanda Dubbett —dijo.

—En efecto, así es.

—La despedí hace algunas semanas.

—¿Tenía usted algún motivo de resentimiento contra ella?

La mujer hizo un gesto de desprecio.

—No, pero ¿qué tenía que hacer ya aquí? Yo no necesito secretaria: el abogado Borton, que llevaba los asuntos de mi difunto esposo, me sirve para el caso. Pagué una indemnización a la señorita Dubbett y te dije que abandonara la casa, cosa que ella hizo de inmediato.

—No parece que le haya agradado a usted mucho la mención del nombre de esa señorita —comentó Tellent.

—Realmente, no tengo ningún motivo de enojo con ella, repito, pero usted sabe que una persona se nos hace simpática o antipática por puro instinto, sin causas que lo justifiquen. Yolanda me era profundamente antipática, eso es todo.

—Sí, ya lo estoy viendo. ¿Ha quedado usted en buena situación económica?

Margot se sofocó violentamente.

—Señor Tellent, ésa es una pregunta que considero humillante —dijo.

—¿Por qué? No es un pecado declarar ser la heredera del marido muerto. Ni tampoco, si ése fuera el caso, que la herencia asciende a una gran suma.

—Mi esposo era rico, es cuanto puedo decirle, señor Tellent. Y ahora si me lo permite...

Margot se puso en pie. Tellent comprendió que aquella arrogante mujer daba la entrevista por terminada.

—Una última pregunta, señor Honnard —dijo él.

—¿Sí?

—¿Puede decirme si la casa estaba construida cuando usted se casó con el señor Honnard o la hizo construir después de su matrimonio?

—Yo la he conocido siempre así. Nunca me preocupé de la fecha de su construcción.

Tellent sonrió.

—Muchas gracias, señora Honnard.

CAPÍTULO VI

La mansión de los Honnard se hallaba en las afueras de la ciudad, en uno de los barrios residenciales más conspicuos, al mirar por el retrovisor de su coche, Tellent se dio cuenta de que un automóvil seguía al suyo.

—Es lo corriente —se dijo.

Y no dio más importancia al asunto, porque sabía que sus pasos serían cuidadosamente vigilados. Cuando le conviniese, ya procuraría deshacerse de su «sombra».

El resto de la mañana y la tarde entera lo dedicó a practicar determinadas investigaciones. Una de las visitas que realizó a última hora del día fue al arquitecto que había dirigido los trabajos de construcción de la casa de Honnard.

El arquitecto era un señor anciano, retirado ya de la profesión. A las preguntas del joven manifestó no haber trazado en los planos proyecto alguno para la instalación de una caja fuerte secreta.

—Acaso Jeff Sandyn pueda decirle algo de eso —manifestó al terminar el breve interrogatorio.

—¿Quién es Jeff Sandyn? —preguntó Tellent.

—El capataz que dirigió las obras. Siempre trabajamos juntos, hasta que yo me retiré. Es un buen profesional y sé que, a veces, algunas personas le llaman para que les haga los trabajos de albañilería precisos para la instalación de cajas fuertes.

—¿Quiere darme su domicilio, por favor?

Tellent anotó las señas de Sandyn. El arquitecto añadió:

—Sandyn me dijo que en alguna ocasión dirigió trabajos de reparación o los hizo él personalmente en la residencia de Honnard. Es posible por tanto, que él hubiese realizado la instalación para la caja fuerte.

Tellent también lo creía así. Dio las gracias al arquitecto y tras despedirse de él, salió a la calle.

El coche perseguidor estaba en la acera del otro lado de la calle. Detrás del volante, se veía a un tipo con cara de ausente.

En esta ocasión, Tellent no quería ser seguido. Caminó a lo largo de la acera durante cincuenta metros, dobló en ángulo recto, pasó a la otra acera y se acercó al coche.

De pronto, con gesto súbito, abrió la portezuela posterior y se sentó tras el sujeto. Éste se volvió y le miró con sorpresa.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir.

Tellent no le dejó continuar. Con la más amable de sus sonrisas, dijo:

—Hay una pistola que le apunta a través del respaldo, amigo. Si no quiere que manche la tapicería del coche, haga el favor de darme la llave de contacto.

—¡Escuche...!

—Voy a iniciar la cuenta atrás y constará sólo de tres números. Cuando llegue el momento del despegue... usted marchará de este valle de lágrimas en el que, sin embargo, tanto nos gusta vivir. ¡Tres! ¡Dos!

—¡Espere! —gritó el sujeto, lleno de alarma—. Tome la llave.

Tellent sonrió, mientras alargaba la mano.

—Su amabilidad me llena de gozo —manifestó—. Una advertencia, no intente usar la pistola que lleva ahí contra mí. Hay demasiada gente, ¿comprende?

Salió del coche, seguido por una retahíla de maldiciones de las que no hizo el menor caso. En el primer imbornal de alcantarilla que encontró al paso tiró la llave y continuó su camino hacia su auto, seguro ya de no ser seguido.

Quince minutos más tarde, detenía el vehículo ante la casa en que residía Sandyn. Momentos después, llamaba a la puerta del capataz de obras.

Nadie le contestó. Tellent pensó que era un poco pronto todavía para acostarse. Insistió en sus llamadas y, visto el resultado negativo, pensó en desistir de la empresa.

De pronto, se le ocurrió probar el pomo de la puerta. La llave no había sido echada.

Asomó la cabeza. Un tenue olor asaltó su nariz en el acto.

Todo su cuerpo se puso rígido. El olor a pólvora quemada era inconfundible.

Las luces estaban apagadas. Tellent buscó un conmutador y las tinieblas se fueron en el acto.

Jeff Sandyn yacía boca arriba en el centro del saloncito. La mancha roja del centro de su pecho señalaba inequívocamente el fin que había tenido el capataz.

Se arrodilló a su lado, tras haber cerrado la puerta. Tocó con las yemas de los dedos la mejilla de Sandyn.

La piel estaba aún tibia y la sangre no se había coagulado. Tellent dedujo que el asesinato se había cometido menos de media hora antes.

Sandyn había muerto instantáneamente por un balazo disparado a bocajarro, tan cerca, que incluso se veían señales de quemaduras producidas por el fogonazo en torno a los bordes del orificio fatal. No se veían señales de lucha, lo cual indicaba que Sandyn había sido sorprendido sin posibilidad de defenderse.

Tal vez no se había percatado de las intenciones de su matador, sino hasta el último instante, cuando ya no tenía remedio. De haberse apercebido antes del peligro que corría, su muerte no habría resultado fácil; Sandyn tenía menos de cincuenta años y era un sujeto muy robusto. Sus manos encallecidas indicaban una vida de constante trabajo y eso, se dijo Tellent, proporciona una indudable fortaleza física, la cual había sido derrotada con mortífera sencillez por una sola bala.

¿Cuáles habían sido los motivos del crimen?

Tellent se los imaginaba fácilmente. Alguien conocía ya el lugar donde estaba la caja fuerte de Honnard y no quería compartir su secreto con nadie.

Allí ya no tenía nada que hacer, aunque de pronto se le ocurrió que no estaría de más echar un vistazo al interior del piso. Pero en pocos momentos llegó a la convicción de que no encontraría nada de interés.

Si Sandyn había instalado la caja fuerte en la residencia de Honnard, lo había hecho de un modo sencillo, sin planos ni anotaciones de ninguna clase, con los elementos mínimos para esta clase de trabajos: paleta y cemento debían haberle sido suficientes.

Pero ¿en dónde?

En la residencia, aparte de la dueña, había ama de llaves, cocinera y dos doncellas. Y el guarda del parque, detalle omitido

por Yolanda, tal vez por no considerarlo de interés.

Instalar la caja fuerte había sido trabajo de, por lo menos, un día. ¿Era posible que entre tantas personas ninguna de ellas hubiese visto trabajar a Sandyn?

Silenciosamente, abandonó el piso, no sin borrar antes cualquier huella que pudiese comprometerle. Momentos después, emprendía el regreso a su casa.

Estuvo tentado de llamar a Yolanda, pero recordó de pronto que tenía intervenido el teléfono. Lo mejor sería visitarla personalmente al día siguiente.

Pese a todo, no podía descuidar sus propios asuntos, de modo que tuvo que pasar gran parte de la mañana en su bufete. Eran cerca de las doce cuando, al fin, consideró que podía dejar a su secretaria el resto del trabajo. Minutos más tarde, se ponía en marcha rumbo a la casa de Yolanda.

La joven no abrió sin antes cerciorarse de su identidad. Tellent observó que se sentía bastante nerviosa.

—¿Le sucede algo? —preguntó.

—No, exactamente —contestó ella—. Pero resulta muy enojoso ver siempre a un tipo de guardia delante de la casa y sabiendo, además, que es peligroso hablar por teléfono.

—Sí, lo comprendo —contestó Tellent—. Oiga, ¿ha oído hablar alguna vez de Jeff Sandyn?

Yolanda le miró con sorpresa.

—No. ¿Quién es? —preguntó.

—Antes de darle una respuesta, dígame cuánto tiempo trabajó usted para Honnard —pidió el abogado.

—Unos dos años... algo más, veintiséis meses.

—Es posible que no lo conozca ni haya oído hablar de él —admitió Tellent—. Jeff Sandyn era capataz de obras y, seguramente, el que instaló la caja fuerte secreta de Honnard.

Yolanda le miró con cara de sorpresa.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Todo lo razonablemente seguro que se puede estar cuando el interesado no se halla ya en condiciones de contestar a la pregunta que le haría yo si pudiera.

—¿Qué pasa? ¿Acaso está ausente?

—En cierto modo... y definitivamente. Lo mataron anoche de un

balazo en el corazón.

Yolanda dejó escapar un gemido de espanto.

—¿Quién fue? —preguntó.

—Alguna persona a la que no convenía que Sandyn pudiese hablar —contestó el abogado.

—¡Entonces, esa persona... el asesino, sabe dónde está la caja! —exclamó Yolanda.

—Es lo más probable.

Hubo un momento de silencio.

—Así, pues, el contenido de la caja habrá volado ya —dijo la joven.

—Creo que no —contestó Tellent—. El asesino, por supuesto, sabe dónde está y de momento, ha juzgado oportuno dejar las cosas como estaban. Pero corría peligro de que alguien, atando cabos aquí y allá, acabase por dar con Sandyn, como hice yo. Matando a Sandyn, eliminaba también el peligro de que otra persona se llevase el contenido de la caja fuerte.

—Es horrible —murmuró Yolanda—. ¿No se le ocurre quién pueda ser?

—Seguramente, el mismo que mató a Honnard.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Yolanda dijo:

—Voy a preparar el café. Siento que lo estoy necesitando y usted no me rechazará una taza.

—Desde luego.

Mientras la joven se hallaba en la cocina, Tellent se acercó al teléfono, estudiando el cable de empalme con todo detenimiento, desde la base del aparato hasta la clavija de unión a la red, situada casi al pie del muro. A partir de la pared, el cable quedaba empotrado, pero un examen más detenido hizo que Tellent apreciara que la clavija quedaba oculta por las cortinas de la ventana.

Apartó la cortina de aquel lado. Una sonrisa distendió sus labios.

En el mismo empalme se veía un finísimo cable, que subía por la pared e iba a salir por la ventana. Levantó el bastidor y asomó la cabeza.

El cable era apenas visible en el exterior, pero Tellent se dio cuenta de que desaparecía en la tercera ventana de la derecha, a contar desde la de la sala. Retrocedió, bajó el bastidor y esperó.

Yolanda vino a poco con el servicio de café.

—Tengo que hacerle una observación —dijo él, mientras Yolanda le llenaba la taza.

—Usted dirá.

—Se trata del guarda del parque de los Honnard. ¿Por qué no lo mencionó cuando yo le pregunté cuántas personas vivían en la finca?

—Lo siento. No lo juzgué de interés.

—¿Por qué?

—Bien, usted mismo ha podido darse cuenta de que se trata de un parque de gran extensión. Tom Rosey vive en una caseta que hay a la entrada... y la distancia es de doscientos cincuenta metros. No creo, pues que tuviera nada que ver con el crimen.

—Honnard apareció muerto en una de las hamacas, junto a la piscina. Le pegaron un tiro; esto queda fuera de toda duda. Si Rosey, como usted dice que se llama, es el guarda del parque, ¿cómo no vio entrar al asesino?

Yolanda se sentó frente a él.

—¿Y si el asesino saltó la tapia por el lado opuesto? —sugirió.

—¿No había sistema de alarma en esa tapia?

—Que yo sepa, no.

—¿Ni tampoco perros que ladrasen ante la presencia de cualquier intruso?

—La señora Honnard detestaba los animales.

—Es curioso —murmuró Tellent—. Raramente una mujer rica deja de tener un animal de capricho, ya sea perro o gato.

—Ella no tenía ninguno. Manías, supongo.

—¿No hubo jamás un perro en la finca? Es un parque de una extensión superior a seis hectáreas...

—El hecho es así y no se puede variar. Desde luego, no ha habido animales durante el tiempo que yo residí allí. Si los hubo antes, no lo sé; no me preocupé nunca de un detalle semejante.

—Lo encuentro muy extraño —dijo Tellent—. Uno se imagina que un perro podría resultar un buen auxiliar del guarda. Si Rosey tiene que atender a la cancela durante el día y vigilar por la noche, ¿cuándo duerme?

—La cancela se abre automáticamente desde la casa, cuando alguien llama desde el exterior. Además, hay un micrófono para que

las visitas anuncien su nombre. Rosey, por tanto, tiene tiempo sobrado para el descanso durante el día.

—¿Qué concepto tiene usted de él?

—No se puede decir que sea malo. Corriente, digamos más bien. Apenas tuve relaciones con Rosey, salvo en el momento de abonarle su sueldo. Por otra parte, pude darme cuenta de que es un hombre solitario y bastante retraído. Creo que perdió a su mujer hace años, pero no sé mucho más.

Tellent asintió.

—Es probable que a la tarde le haga una visita —dijo—. Ahora, sin embargo, tengo que hablar con un tipo.

—¿Quién es? —preguntó Yolanda.

El abogado se levantó. Apartó la cortina y le enseñó el cable que actuaba como derivación del teléfono.

—El hombre que está al otro lado de este hilo —contestó con un susurro apenas audible.

CAPÍTULO VII

Yolanda quiso acompañarle, pero él la obligó a quedarse en su apartamento. Tellent salió al corredor, contó tres puertas y se detuvo ante la que suponía pertenecía al departamento donde se hallaba el escucha.

Estuvo a punto de oprimir el timbre de llamada, pero se lo pensó mejor y usó los nudillos. Dio un golpe, hizo un pequeño intervalo y luego tocó dos veces más la madera.

Acto seguido se apartó a un lado. La puerta se abrió segundos después y la cabeza de un hombre asomó por el hueco.

—Estoy aquí —dijo Tellent sonriendo.

El sujeto se volvió y le miró con infinita sorpresa. Tellent puso la palma de la mano izquierda en su cara y empujó con fuerza.

Sonó un gruñido de rabia. El hombre trastabilló, dio dos pasos vacilantes y dejó el paso libre. Tellent cruzó el umbral y cerró a sus espaldas.

Las sospechas adquirieron cuerpo cuando el sujeto metió la mano dentro de su chaqueta. Era un hombre de mediana estatura y expresión maligna, pero no un rival para el abogado. Tellent cayó sobre él, le agarró con las manos por ambos hombros, le hizo dar media vuelta y luego lo catapultó con el pie sobre un sillón.

El escucha tropezó con el mueble, dio una voltereta y cayó al otro lado. Tellent saltó sobre él, le quitó la pistola, que arrojó a un lado y luego lo levantó en vilo, agarrándolo por la cintura.

El sujeto chillaba y pateaba. Tellent lo lanzó a lo alto. Cuando caía, le empujó con una mano, variando la dirección del descenso. El individuo aterrizó sobre una mesa, que se hizo astillas con el golpe, y luego quedó en el suelo, aturdido y confuso.

Una vez más, Tellent se inclinó sobre él. Cogiéndolo con un solo brazo, se lo llevó hasta la habitación donde estaban los aparatos de escucha. El teléfono exterior se hallaba al otro lado.

Tellent pudo ver entonces que no sólo había una derivación de la línea telefónica, sino un magnetófono conectado a un registrador de sonidos instalado en casa de Yolanda. La cosa era algo más grave de lo que suponía.

El escucha empezaba a agitarse. Tellent lo dejó caer sobre un sillón. Cuando el hombre se revolvió, le tocó en la mandíbula con los nudillos, haciéndolo volver a su aturdimiento.

Agarró el magnetófono, pegó un tirón y lo arrancó del cable. Luego lo tiró al suelo y lo pateó hasta reducirlo a trocitos. Acto seguido se volvió hacia el escucha.

Los ojos del hombre le contemplaban con expresión de terror. Durante unos segundos, Tellent se había convertido en un ciclón humano. El rufián había podido darse cuenta bien pronto de que no podía competir con aquel gigante sin disponer de un arma.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Tellent.

El hombre no se hizo remiso en la respuesta.

—Me..., me mandó Frank Byrd... —tartamudeó.

Tellent le agarró por las solapas de la chaqueta y lo obligó a incorporarse.

—El servicio de escucha queda clausurado por orden de la autoridad competente, que soy yo. ¡Largo!

Instantes después. Tellent quedaba solo en el piso. Destruyó todas las conexiones y luego buscó en la guía telefónica el número de Byrd.

Una voz bronca le contestó. Tellent dio su nombre y luego dijo:

—Quiero hablar con ese pajarraco que es su jefe. ¡Muévase, hombre!

Byrd no tardó en atender la llamada.

—¿Qué es lo que quiere ahora, abogado?

—Le diré una cosa y no se la repetiré dos veces, «Buitre». Acabo de expulsar de aquí a un rufián que escuchaba todo lo que pasaba en el piso de Yolanda Dubbett. Es mi cliente y no quiero que la molesten, ¿ha comprendido?

Byrd contestó con una obscena interjección. Tellent le dejó con la palabra en la boca, después de lo cual, abandonó el piso, no sin cerrar la puerta con doble vuelta de llave, echándosela a continuación al bolsillo.

Yolanda le acogió con expresión de gran alivio.

—No la molestarán más —aseguró él.

—¿Qué ha hecho? —preguntó la joven.

—Simplemente, expulsar al moscón —rió Tellent—. No sólo tenían intervenido el teléfono, sino que escuchaban y registraban cuanto se hablaba en el apartamento. Ahora voy a ver si encuentro los micrófonos; no tengo ganas de que vuelvan a hacer un nuevo empalme.

La cosa no resultó difícil. Minutos más tarde, Tellent ponía el micrófono delator en manos de la muchacha.

—Ahora ya podremos hablar por teléfono tranquilamente, sin temor a ser escuchados —dijo.

Ella le contempló con admiración.

—Empiezo a pensar que acerté cuando fui a contratar sus servicios —dijo.

—De eso no cabe la menor duda. Si no me conocía, asegure que su intuición femenina no le falló en esta ocasión —contestó Tellent con notable desenvoltura.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Ya se va? —preguntó Yolanda.

—Sí. Quiero cambiar unas palabritas con Rosey. Estimo que ha de resultar una conversación muy interesante.

Momentos después, se hallaba en la calle. Desde el portal de la casa miró hacia la acera de enfrente.

El vigilante estaba en su puesto. Al ver que le miraba, dobló el periódico con el que enmascaraba su actividad y escapó poco menos que a la carrera.

Tellent contuvo una sonrisa. Cruzó la acera, subió a su coche, desembragó y dio media vuelta la llave de contacto.

Media hora más tarde, detenía el automóvil en las proximidades de la vería de acceso a la posesión de Margot Honnard. Caminó a pie cincuenta o sesenta metros y llamó al timbre.

El guarda salió de su caseta. Tellent se fijó en él con más detalle que la vez anterior.

Era un hombre alto, robusto, de unos treinta y seis años y no mal parecido físicamente, pese a la adustez de su expresión. Tellent pensó que en una lucha cuerpo a cuerpo podría vencerle, pero no sin dificultades.

—¿Qué desea? —preguntó Rosey.

—Hablar con usted —contestó el joven—. Soy Tellent, abogado.

—Le conozco, pero no creo que tengamos nada que discutir —respondió el guarda con escasa amabilidad.

—Si le parece, desempeñaremos el papel del preso y su visitante. Usted hará el papel del preso, naturalmente.

Rosey frunció el ceño. Las rejas de la cancela, en efecto, proporcionaban aquella impresión momentáneamente. Pero Tellent no lo había dicho como cosa de broma.

—Está bien, entre —gruñó Rosey al cabo, alargando la mano hacia el interruptor del mando eléctrico de apertura.

La cancela no giraba sobre unos goznes, sino que se deslizaba lateralmente, escondiéndose en el muro. Rosey dejó el espacio justo para que el abogado pudiera pasar y luego cerró la puerta.

Volviéndole la espalda, entró en la caseta. Tellent le siguió en silencio. Antes de cruzar la puerta, dirigió la vista hacia la mansión.

Apenas se la veía, oculta por los árboles del parque. La residencia estaba edificada en la cumbre de un altozano de escasa elevación, de modo que la pendiente era muy suave. La diferencia de nivel entre la cancela y la residencia era escasamente de veinte metros.

Entró en la caseta, amueblada con espartana sencillez. Una habitación, que servía para todo, sala, comedor y dormitorio, con un gran sofá cama, una cocinilla y un pequeño cuarto de baño componían el interior del habitáculo. Rosey, hosco, señaló una silla.

—Gracias —dijo Tellent—. ¿Puma?

—Uso mi propio tabaco —contestó el guarda—. ¿Qué desea de mí?

—Hacerle unas cuantas preguntas —manifestó Tellent—. Puede que no quiera contestar, pero tengo un amigo policía que se las repetiría de un modo que usted no encontraría fácil de eludir.

—No me asuntan sus bravatas, abogado, pero tampoco temo a sus preguntas. ¡Adelante!

—Gracias, Rosey —dijo Tellent, expulsando una bocanada de humo—. Se trata, en primer lugar, del tiempo que lleva usted empleado aquí como guarda.

—Cuatro años y medio.

—¿Sólo?

—Sí. Tomé el empleo al perder a mi mujer. Fue algo que me

afectó muchísimo.

—Lo siento y le comprendo. Tal vez por eso la soledad le agrada, ¿no es cierto?

—Esta soledad —contestó Rosey significativamente—. ¿Qué más?

—El tema se centra en un asunto algo confuso que dejó el señor Honnard a su muerte —dijo Tellent—. ¿Oyó hablar alguna vez de un tal Jeff Sandyn?

—No, en absoluto.

—¿Seguro?

—¡Estoy diciéndole la verdad! —protestó el guarda enérgicamente.

—Me gustaría creerle, Rosey.

—Haga lo que guste. No puedo forzarle a que no me crea, si no lo desea. Lo cierto es que no he conocido jamás a Sandyn.

—Era un capataz de obras. Realizó en la mansión la instalación para una caja fuerte.

—Nunca he oído hablar de nada semejante. Lo más seguro es que lo hiciera antes de tomar yo el empleo.

Tellent estudió a su interlocutor.

Rosey parecía sincero en sus respuestas, pero, al mismo tiempo, daba la sensación de hallarse incómodo en su presencia.

—Daré por buena su contestación —dijo—. Rosey, ¿quién encontró el cuerpo del señor Honnard?

—Mary, el ama de llaves. Es la que más suele madrugar.

—Honnard apareció sentado junto a la piscina. ¿Qué hacía allí?

Rosey se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. No solía meterme en los actos del patrón.

—Parece ser que murió asesinado entre las doce y la una de la noche.

—Eso dijo el forense —convino Rosey.

—¿Cuál es su sistema de vigilancia nocturna en el parque? —preguntó el abogado.

—Me paso la noche en vela. De cuando en cuando, recorro la tapia.

—¿Armado?

—Sí. Tengo un revólver calibre treinta y ocho. Con licencia, si

quiere verla.

—Me basta su palabra, Rosey. Ahora, dígame, ¿cómo pudo el asesino entrar en la finca sin ser visto?

Rosey sonrió.

—No le costó absolutamente nada —replicó—. Si hubiese dispuesto de un buen perro, la cosa habría resultado diferente.

—¿Por qué no hay perros aquí?

—La señora Honnard los detesta. Se pone enferma nada más de verlos. Había dos, pero cuando el señor Honnard se casó, tuvo que regalarlos.

—Se comprende. La señora Honnard valía más que dos canes.

Les ojos de Rosey emitieron un súbito y brevísimo relámpago, que no pasó desapercibido al joven.

—Un sistema de alarma en torno a la tapia, habría podido evitar el crimen —apuntó Tellent.

Rosey sonrió amargamente.

—El sistema de alarma soy yo —dijo—. ¿Es que no sabe que Honnard era muy tacaño?

—¿Tacaño... con cinco personas a su servicio, sin contar la secretaria personal? Y no olvidemos tampoco que no regateaba a su mujer un solo centavo.

—Bueno, yo me refería a ciertas cosas. El señor Honnard decía que si me pagaba un sueldo, era una tontería gastarse unos miles de dólares en el sistema de alarma.

—El ahorro de ese dinero le costó la vida. ¿Oyó usted el disparo fatal?

—No. El asesino debió usar silenciador.

—Aun así. El silenciador no apaga totalmente el estampido de un arma de fuego. Esta finca es muy silenciosa. El ligero chasquido de un disparo de arma de fuego con silenciador ha de oírse desde el más lejano rincón del parque.

Rosey apretó los labios.

—Le repito que no escuché el disparo —dijo.

Tellent le miró con fijeza.

—Entonces, estaba dormido.

Rosey enrojeció.

—Estaba dormido —repitió el abogado.

—Sí, pero le diré por qué...

—Dígallo —pidió Tellent, al observar la súbita interrupción de su interlocutor.

—El señor Honnard se había quedado después de cenar en la terraza contigua a la piscina. Había luz, naturalmente. Yo decidí que si un ladrón quería entrar, por ejemplo, no lo haría hasta que la luz estuviese apagada. Me senté junto a la tapia y di unas cabezadas. Cuando desperté, vi que ya no había luces en la terraza. Supuse que el señor Honnard se habría ido a dormir y ya no me preocupé de más.

—¿No se acercó a la residencia?

—No lo juzgué necesario. Todo estaba tranquilo y para evitar dormirme de nuevo, volví a la caseta y me hice café. Al amanecer, me metí en la cama, pero a los pocos minutos vinieron a avisarme de lo sucedido.

—¿Quién le avisó?

—Mary, el ama de llaves. Estaba trastornada... Bueno, yo fui el que llamó a la policía. Ninguna de las otras mujeres de la casa acertaba con lo que se tenía que hacer.

—La señora Honnard estaba fuera, creo.

—Sí, visitando a una hermana, en Portland, Oregón.

Tellent se puso en pie.

—Creo que no tenemos más que hablar, Rosey —dijo—. Gracias por haberme atendido. Perdóneme la molestia.

Rosey se encogió de hombros. De pronto, Tellent notó algo extraño en el habitáculo.

—Rosey, usted dice que quería mucho a su esposa.

—Así es.

—Pero no veo ningún retrato de ella.

La cara del guarda se crispó.

—No quiero recuerdos amargos —dijo.

—Comprendo. Adiós, Rosey.

La verja de hierro se deslizó silenciosamente a un lado. Tellent atravesó el hueco y se dirigió a su automóvil.

Emprendió el regreso a su casa, llevando en el ánimo el íntimo convencimiento de que Rosey no le había dicho todo lo que sabía. El guarda le ocultaba alguna cosa, pero Tellent no tenía la menor idea de qué podía ser ese algo.

CAPÍTULO VIII

La luz se encendió bruscamente, despertándole sobresaltado. Tellent, que dormía apacible, se sentó en el lecho de golpe.

—Será mejor que no se mueva si no quiere recibir una rociada de plomo —dijo Johnny «El Frío».

Tellent recorrió el dormitorio con la vista.

—Muy dormido debía de estar cuando no les he oído abrir la puerta —comentó.

«El Frío» emitió una diabólica sonrisa.

—Las ganzúas que usamos no hacen el menor ruido —explicó.

Tellent hizo un signo con la cabeza. Luego miró a los otros dos hombres que estaban en el dormitorio.

«Ojo Pálido» se hallaba cerca de la puerta, cubriéndole con una pistola ametralladora, «Barba Azul» le apuntaba con un revólver.

Ambos estaban lo suficientemente separados de la cama como para poder acribillarle a balazos si hacía el menor gesto ofensivo. No podría llegar hasta uno cualquiera de los forajidos sin antes recibir unos cuantos proyectiles.

—Vístase —ordenó Ruppino.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tellent.

—En estos últimos tiempos se ha convertido usted en una molestia poco menos que insoportable. Quiero suprimir ese estorbo, simplemente.

—Ya —murmuró Tellent—. El clásico «paseo», ¿verdad?

Ruppino juntó en círculo el índice y el pulgar.

—Acertó —repuso—. ¡Vamos, no sea perezoso! Si tiene frío, piense que se le pasará muy pronto.

Tellent consultó el despertador que tenía sobre la mesita de noche. La una y media. Una hora muy adecuada, se dijo.

Saltó de la cama y empezó a vestirse. Su mente buscaba un medio de escapar de aquella crítica situación, pero no lo

encontraba, por más que se esforzaba.

Les pandilleros no le quitaban ojo. Se anudó la corbata y alargó la mano hacia la chaqueta, colgada de un perchero.

—¡Espere! —dijo Ruppino—. ¡Apártese!

Tellent obedeció. Ruppino revisó la chaqueta y, al ver que no contenía ningún arma, se la arrojó. Tellent la atrapó al vuelo y empezó a ponérsela.

—Voy a hacerle una advertencia —dijo «El Frío»—. Saldremos con naturalidad, como si fuésemos viejos conocidos. No haga nada o le acribillaremos a balazos aunque sea en medio de la escalera o en el vestíbulo. ¿Entendido?

—Si luego van a matarme, ¿qué importancia puede tener que muera unos minutos antes?

Ruppino sonrió diabólicamente.

—En sus condiciones, todo hombre piensa que aún le queda algún resquicio de vida, que todavía puede escapar. Usted pensará lo mismo y no hará nada, ¿comprende?

—Es usted un gran conocedor del alma humana, sobre todo, de los condenados a muerte —dijo Tellent—. ¿Qué número hago yo en la lista de sus ejecuciones?

—Eso es un secreto de Estado —respondió el bandido con desparpajo—. ¡Vámonos ya!

Tellent se dirigió hacia la puerta. Decky Sames se apartó vivamente a un lado, sin dejar de apuntarle con la metralleta. El joven observó que llevaba puesto un impermeable ligero, debajo del cual escondería el arma por lugares de relativa concurrencia. Alf Grite iba vestido de semejante manera.

Salieron del piso y entraron en el ascensor. La pistola de «Barba Azul» se apoyó con fuerza en su costada.

—Silencio o te abraso aquí mismo —dijo el pandillero.

Tellent no dijo nada. Momentos después, llegaban a la planta.

Ruppino se asomó el primero. No había nadie en el vestíbulo, salvo el conserje de noche, que dormitaba en un sillón. Ruppino abandonó el ascensor y, pisando de puntillas, se acercó al conserje, con un revólver en la mano.

El culatazo atontó al conserje, haciéndole pasar directamente del sueño al desmayo. Ruppino agitó la mano y los otros dos pistoleros empujaron a Tellent, fuera del ascensor.

Salieron de la casa. Un coche de color gris acero esperaba junto a la puerta, con el motor en marcha.

—Tú delante, Decky —ordenó «El Frío».

Sames se situó junto al conductor y se sentó medio vuelto hacia atrás, con la metralleta por encima del respaldo. Ruppino entró a continuación, después el prisionero y, por último, «Barba Azul», quien se sentó a la derecha.

—Arranca —ordenó Ruppino.

Las calles estaban desiertas. El coche se puso en movimiento inmediatamente.

En su costado derecho, Tellent sentía insistentemente el contacto de la pistola de Grite. Delante de él, a menos de dos palmos de distancia, tenía la boca del cañón de la metralleta.

Le hubiera gustado ser un héroe a lo James Bond, con armas secretas en los tacones de los zapatos, cuellos explosivos, gemelos que escupían gases narcóticos..., pero no había tal; era un simple abogado, valiente y audaz, indudablemente, aunque sin otras armas que sus puños, incapaces de competir en aquel momento con las que le apuntaban desde tan cerca.

A pesar de todo no perdió la serenidad. «El Frío» había hablado bien; aún le quedaba un resquicio de vida. La ejecución se realizaría en algún lugar despoblado y todavía tardaría un rato en llegar a su destino.

Abandonaron la ciudad y se adentraron en una autopista. El conductor aceleró la marcha. Tellent se preguntó cuándo se desviaría por algún camino secundario que les llevaría al lugar de la ejecución.

Durante quince minutos, todo transcurrió normalmente. De pronto, el chófer golpeó el volante hacia la derecha.

El corazón de Tellent se puso a latir con más fuerza que de ordinario. Sus últimos minutos de vida estaban consumándose.

El camino era estrecho y no demasiado bien acondicionado, por lo que el conductor hubo de reducir su marcha hasta un límite prudente. A la izquierda de Tellent, Johnny «El Frío» fumaba con aire displicente un cigarrillo.

Tellent estudió la situación con rapidez, pero también sin perder la sangre fría. El conductor tenía ambas manos ocupadas. Era seguro que disponía de un arma, pero tardaría en sacarla.

Ruppino estaba fumando. Su mano derecha se apoyaba sobre la rodilla del mismo lado, tabaleando con los dedos. Los únicos que tenían un arma lista para ser utilizada en cualquier momento eran Sames y Grite.

Ya se habían alejado más de un kilómetro de la autopista. El momento final no podía hacerse esperar mucho.

El revólver de «Barba Azul» continuaba obstinadamente apoyado en su costado. Tellent se dijo que todavía le quedaba una oportunidad.

Era muy pequeña, pero si ponía el pie en tierra sin haber hecho nada, moriría irremisiblemente. De pronto, movió el codo derecho con terrible fuerza y empujó la mano armada de Grite contra el respaldo.

Al mismo tiempo, elevó ambos pies y golpeó la metralleta de Sames. El arma se disparó hacia arriba con fragor ensordecedor. El chófer aulló de pánico y, casi sin saber lo que hacía, golpeó el volante hacia su izquierda.

El coche pegó un salto terrible al salirse del camino. Luchando con la decisión de una fiera acorralada, Tellent juntó los pies de nuevo y los disparó contra el respaldo del asiento que ocupaba Sames, lanzándole contra el tablero de mandos y luego contra el suelo. La metralleta se escapó de manos del forajido.

Un árbol salió al encuentro del vehículo. El choque, si no fuerte, fue ruidoso y produjo dentro del coche una terrible confusión. Se oían gritos, blasfemias e imprecaciones y órdenes que no eran escuchadas.

Tellent movió la mano izquierda con todas sus fuerzas y golpeó la cara de Ruppino, haciéndole caer hacia atrás. Grite forcejeaba para soltar el brazo derecho, sujeto al asiento por la espalda del prisionero. Disparó una vez y lo único que consiguió fue agujerear y chamuscar la tapicería.

Sames luchaba por incorporarse de nuevo. Por tercera vez, Tellent pateó el respaldo, que ahora le dio en la cara, arrancándole un aullido de dolor. Ruppino parecía aturdido y, en cuanto al chófer, tenía la cara doblada sobre el volante.

Ahora, Tellent pudo dedicarse a Grite. Se volvió un poco sin dejar de ejercer presión, y le asestó un feroz tirón de pelo con la mano izquierda. Grite chilló angustiosamente.

Tellent se incorporó un poco. Golpeó a «Barba Azul» en la cara y asestó un tremendo patadón a la portezuela. Luego se arrojó a través del hueco y rodó un par de veces por el suelo.

Gateó para situarse en la trasera del automóvil. Ruppino parecía haberse recuperado un tanto y juraba a voz en cuello.

Tellent se puso en pie y saltó hacia adelante. Esquivó un árbol por pura casualidad y divisó unos arbustos lanzándose al otro lado como si se tirase a nadar. Una fracción de segundo después, tableteó la metralleta, cortando las hojas y las ramillas a menos de dos palmos sobre su cabeza.

—¡Buscadle! —gritó Ruppino—. ¡No puede haber ido muy lejos!

La oscuridad era casi absoluta. Tellent se arrastró unos pasos y ganó el refugio de un árbol de grueso tronco, al pie del cual se agazapó, conteniendo la respiración.

La rodilla derecha se asentó sobre algo duro. Tellent separó un poco la pierna y tanteó con la mano. Era una gruesa piedra, que empuñó, a falta de mejor arma.

De pronto, oyó pasos en las cercanías. Una silueta apareció ante sus ojos, a unos diez pasos de distancia.

Era «Barba Azul». Tellent lo reconoció por el menor volumen del arma que empuñaba.

Levantó la piedra para arrojársela a la cabeza. En aquel momento, percibió pasos cautelosos por el lado opuesto.

Volvió la vista. «Ojo Pálido», metralleta al puño, avanzaba cautelosamente, buscando un blanco para sus balas.

En aquel momento, Tellent concibió una idea. Agarró la piedra y la lanzó hacia adelante, de modo que cayera a pocos pasos de Grite.

Éste se volvió al oír el ruido. Sames se volvió también, divisó una silueta y, sin más preámbulos, disparó una larga ráfaga de ametralladora.

Grite chilló horriblemente, pero los estampidos del arma acallaron sus voces de dolor. Cayó al suelo pesadamente y se quedó inmóvil en el acto.

—¡Ya le di, jefe! —gritó Sames alborozadamente.

Sonaron pasos presurosos. Sames corrió hacia el cuerpo caído. Otro hombre se le unió en el acto.

Era Ruppino. Encendió una cerilla y, en el acto, dejó escapar una horrible imprecación.

—¡Imbécil! ¡No es el abogado! ¡Era Alf y le has matado!

Sames parecía aturdido.

—Me pareció que...

—¡Calla, estúpido! ¡Tellent debe de estar todavía por ahí! ¡No podemos dejar que escape después de lo que ha sucedido! ¡Busca por tu derecha; yo lo haré por el otro lado!

—Reife podría ayudarnos...

—Está atontado y no sirve para nada —gruñó Ruppino—. ¡Vamos, date prisa!

Reife debía de ser el chófer, se dijo Tellent. Continuó en su puesto, completamente inmóvil, conteniendo la respiración.

Sames desapareció de su vista. Ruppino echó a andar precisamente en dirección al árbol.

Tellent se incorporó muy lentamente, sin hacer el menor ruido. Los pasos del gángster sonaban cada vez más cerca.

Ruppino se detuvo junto al árbol, dándole la espalda, Intentó continuar su camino un segundo después, pero entonces dos fuertes manos surgieron de la oscuridad. Una asió su muñeca armada y la otra le cogió por el cuello, lanzándole contra el tronco y cortando en flor el grito apenas iniciado.

Los ojos de «El Frío» se dilataron enormemente al reconocer a su víctima. Tellent apretó con la fuerza suficiente para hacer perder el conocimiento a su prisionero.

Cuando sintió que los miembros de Ruppino se relajaban, aflojó la presión de ambas manos. El rufián cayó al suelo convertido en una masa inerte.

Tellent se apoderó de su pistola inmediatamente. Caminó unos pasos en sentido lateral y se apostó en un árbol vecino.

Sames continuaba dando vueltas sin sentido. Retrocedió después de varios minutos y, de pronto, tropezó con un cuerpo tendido en el suelo.

Lanzó una maldición y se inclinó para palpar las ropas del caído. Tras algunos segundos de vacilación, se atrevió a usar su encendedor de bolsillo.

Inmediatamente, se puso en pie, invadido por un pánico mortal. Antes de que pudiera hacer nada, sin embargo, sintió que una cosa fría y dura se apoyaba en su nuca.

—Si quieres seguir con vida —dijo Tellent—, tira esa metralleta

en el acto. No te lo repetiré más.

Sames obedeció instantáneamente. Tellent dijo:

—Me dan ganas de apretar el gatillo y sacarte los sesos por la nariz, pero tienes la fortuna de que yo no sea de tu misma cuerda. En su lugar...

Movió la mano armada. Se oyó un rugido de dolor y «Ojo Pálido» se desplomó fulminado.

Tellent recogió la metralleta, que lanzó todo lo lejos que pudo. Luego, dando un pequeño rodeo, se acercó al automóvil.

El impacto había sido fuerte, pero confió en que el vehículo pudiese funcionar todavía. Cuando llegaba a sus inmediaciones, vio moverse una silueta junto al coche.

—¿Sames? —dijo Reife.

Tellent levantó el arma.

—Le estoy apuntando a la cabeza —dijo—. Si está armado, deje caer la artillería al suelo.

Reife obedeció en el acto, más muerto que vivo.

—Es usted el mismo diablo —masculló.

Tellent se acercó a él, con cara sonriente.

—Exageras, muchacho —dijo. Y cambiándose el revólver de mano, le asestó un tremendo derechazo en la mandíbula, que lo dejó sin sentido instantáneamente.

Acto seguido, entró en el vehículo y dio el contacto. El motor funcionó satisfactoriamente.

Movió el conmutador de las luces. Uno de los faros se había roto, pero el otro funcionaba perfectamente. Al dar marcha atrás, percibió ruido del neumático que rozaba contra el guardabarros abollado.

Salió al camino y maniobró con cierta facilidad. El neumático seguía rozando, por lo que se apeó y, protegiéndose la mano con un pañuelo, hizo un poderoso esfuerzo y redujo un tanto la abolladura del guardabarros.

Acto seguido montó de nuevo. Ahora ya podría llegar a la ciudad sin mayores dificultades. Embragó, metió la primera y arrancó.

A los pocos metros, empezó a notar ruidos en el motor. Maldijo entre dientes; el ventilador golpeaba contra el radiador. De pronto, sonó un golpe mayor que los otros y los ruidos se acentuaron.

Con aquel coche no había manera de seguir adelante. Frustrado en sus propósitos, hubo de apearse. No tenía otro remedio que continuar su camino a pie.

Recorrió veinte metros. De pronto, divisó a lo lejos el resplandor de unos faros de automóvil, que se movían a compás de las irregularidades del terreno.

Tellent no tenía ganas de ser visto, así que salió del camino y se agazapó detrás de unos arbustos. Segundos más tarde, un coche desfilaba por delante de sus ojos.

El vehículo se detuvo casi en el acto, con un seco frenazo. El otro automóvil interceptaba el paso.

Varios hombres saltaron al suelo. Frank «El Buitre» dijo:

—Éste es el coche de Johnny. Pero ¿qué diablos hace aquí? Está destrozado en parte y con señales de balazos... Luke, maldita sea, si no te hubieras despistado, ya haría tiempo que estaríamos encima de esos bastardos.

—Lo siento, jefe —dijo el pandillero contritamente—; nunca había venido por aquí...

—Es lo mismo —dijo Byrd—. ¡Vamos, hay que buscar a esa cuadrilla! ¡Pero sobre todo quiero que le echéis la mano a ese maldito abogado!

CAPÍTULO IX

Tellent permaneció en el mismo sitio, inmóvil, sin dar señales de vida, mientras los pandilleros se dispersaban por los alrededores. Sólo uno de ellos quedó en las inmediaciones del automóvil.

Era Byrd, precisamente. Tellent esperó, dominando su impaciencia.

De pronto se oyó una voz a unos cien pasos de distancia.

—¡Jefe! ¡He encontrado a Johnny Ruppino! ¡Está desmayado...!

—¡No me importa cómo esté! —rugió— «El Buitre». —¡Acaba con él!

Tellent sintió una ira vivísima contra aquel desalmado que así disponía de las vidas de sus semejantes. Estuvo a punto de dispararle un tiro, pero pensó que ello no resolvería su problema, antes bien lo agravaría.

Le pareció que los dos disparos que sonaron en el acto resonaban en su cerebro. Era una ejecución a sangre fría, simplemente.

«El Buitre» dio unos pasos fuera del camino. Era la ocasión que Tellent estaba esperando.

Se echó el revólver al bolsillo. No quería sufrir un arrebato y usarlo sin necesidad de defender su vida. Su mano izquierda golpeó la muñeca armada de Byrd, haciendo saltar el arma.

El gángster dejó escapar un pequeño grito de sorpresa. Antes de que pudiera recuperarse, las dos manos de Tellent se cerraron en torno a su cuello.

—Vas a morir —silabeó truculentamente a su oído.

Apenas tuvo tiempo de apretar un poco, para terminar de asustar a su prisionero. Muerto de miedo, Byrd se desmayó del todo.

Tellent sonrió despreciativamente, en el momento en que sonaban otros dos disparos. Alguien anunció:

—¡Reife está listo, jefe! ¡Ya sólo faltan dos...!

Tellent entendió que no habían hallado todavía el cadáver de Grite. Retrocedió en silencio y se sentó tras el volante del automóvil de Byrd.

Dio el contacto y puso la marcha atrás. Alguien oyó el ruido del motor.

—¡Jefe!

Tellent no hizo caso de los gritos. Retrocedió unos metros, maniobró con rapidez y salió a toda velocidad, perseguido por algunos disparos que no encontraron su blanco.

Media hora más tarde, llegaba a la ciudad. Detuvo el coche cerca de una cabina telefónica y llamó a la policía, anunciando la matanza que había tenido lugar momentos antes y el sitio donde se había producido. Colgó, antes de que pudieran localizar la cabina, y escapó de nuevo en el coche.

Cuando llegó de nuevo a su casa, se sentía rendido y exhausto, pero no podía quejarse.

Había salvado la vida.

Los tiroteos habían tenido lugar a hora demasiado tardía para que el relato de los mismos pudiera figurar en las primeras ediciones de los periódicos. Tellent pudo dormir todavía algunas horas y luego se dirigió al domicilio de Yolanda.

La joven le recibió amistosamente.

—Tiene ojeras —dijo, apenas le vio.

—Es que he pasado una nochecita muy poco agradable —contestó él.

—¿Investigando?

Tellent sonrió.

—Luchando para salvar mi vida. ¿Ha oído la radio?

—Sí, han dado un boletín de noticias con la del tiroteo de unos pandilleros. Han muerto cuatro..., pero la policía no sabe quiénes son sus asesinos.

—Yo lo sé —dijo él—. Bueno, no está bien decirlo, pero, al menos, nos hemos librado del cincuenta por ciento de sus enemigos.

Yolanda abrió mucho los ojos.

—¿Estuvo presente en ese tiroteo? —preguntó.

—¿Que si estuve? Primero hice de víctima. Luego...

Tellent relató a la joven todo lo ocurrido. Cuando terminó, Yolanda estaba terriblemente pálida.

—Y todo eso por mi culpa —murmuró.

—No se haga reproches —dijo el abogado—. Usted no podía imaginarse que la cosa iba a tener un final tan accidentado.

Yolanda calló durante unos momentos. Luego dijo:

—Estoy pensando en abandonar este asunto.

—¡Ni lo sueñe! —protestó el joven—. Ahora más que nunca es cuando debemos seguir adelante. Hasta que hayamos encontrado al asesino de Honnard.

—Pero no hay ninguna pista...

—La encontraré —aseguró él rotundamente—. Lo que hay en la caja fuerte secreta debe de ser de gran importancia, cuando unos desalmados empiezan por ahí a fusilar a la gente. Por cierto, todavía no la han molestado, a pesar de que se cumplió el plazo que le señalaron.

Yolanda sonrió tristemente.

—Quizá su intervención ha tenido un efecto saludaste, en cierto modo —opinó.

—Es posible. Yolanda, ¿no tiene usted la menor idea de lo que puede haber en esa caja fuerte?

Ella meneó la cabeza lentamente.

—No, en absoluto.

Tellent hizo una mueca de disgusto.

—A veces pienso que hay tipos a los que la riqueza excesiva vuelve locos —gruñó.

—El señor Honnard estaba perfectamente sano, a pesar de que...

Yolanda se interrumpió de pronto.

—¿Qué le sucede? —preguntó Tellent—. ¿Por qué no continúa?

Ella se mordió los labios.

—Usted ha dicho una frase de modo casual, pero puede que no ande tan descaminado como parece.

—¿Eh? ¿Va a decirme ahora que es cierto que Honnard estaba loco?

—No, pero sé que en una ocasión fue a consultar a un siquiatra.

—Dígame su nombre, por favor —pidió Tellent con rapidez.

—Lo siento —contestó ella—. No lo recuerdo siquiera, pero ¿por qué no se lo pregunta usted a la señora Honnard?

Tellent se puso en pie y se acercó al teléfono.

—Una vez, Dirk Borton me dijo que si quería hablar con Margot

Honnard tenía que contar con él —manifestó—. No lo hice así y no deseo que Borton pueda hacerme algún reproche.

Yolanda asintió en silencio. Tellent sacó su agenda, la consultó un instante y poco después marcaba el teléfono del abogado.

—Tengo el propósito de visitar a la señora Honnard —dijo—. ¿Encuentra usted algún inconveniente en esa visita?

—Ninguno, aunque me gustaría conocer los motivos, señor Tellent.

—Según he podido averiguar, Honnard visitó en una ocasión a un siquiatra. Me gustaría hablar con ese doctor, eso es todo.

—Se trata del doctor Gearn, pero si piensa que mi difunto cliente estaba loco, se equivoca —declaró Borton—. Sólo padecía unos fuertes dolores de cabeza, que desaparecieron tras el oportuno tratamiento.

—Encuentro extraño que para unos dolores de cabeza Honnard visitara a un siquiatra y no un neurólogo —dijo Tellent.

—Bien, es que primero, efectivamente, visitó al neurólogo, quien le aconsejó ponerse en manos del siquiatra, dado que estimó que dichos dolores de cabeza no tenían un origen puramente físico, sino más bien síquico.

—¿Exceso de preocupaciones, tal vez?

Borton rió cortésmente.

—Si se las quitaba yo, ¿qué preocupaciones podía tener? Además, fue una enfermedad qué se le pasó pronto, así que no hubo necesidad de profundizar en el tratamiento.

—Bien, a pesar de todo, me gustaría visitar a la señora Honnard.

—No hay inconveniente, repito, a pesar de que le dirá lo mismo que le he dicho yo, colega.

—Gracias, señor Borton.

Tellent cortó la comunicación.

—Parece como si no le agradase mucho mi visita a Margot Honnard —dijo.

—Quizá es que ve en usted a un presunto rival —bromeó Yolanda.

Tellent la miró con cierto aire de sorpresa.

—¿Es que Borton albergaba intenciones al respecto? —preguntó.

Yolanda se puso colorada.

—Fue una simple broma, sin intención —contestó.

—Comprendo —sonrió él—. Bien, la veré en otro momento. Recuerde, la cadena de seguridad debe estar siempre echada.

—No lo descuido un solo instante —aseguró ella.

Tellent salió a la calle y montó en su coche, dirigiéndose directamente a la residencia de Margot Honnard. Como la vez anterior, paró el automóvil a unos cincuenta o sesenta metros de distancia y cubrió a pie aquel pequeño trecho.

Cuando llegaba a las proximidades de la cancela, vio que se abría la puerta de la caseta. Iba a seguir andando, cuando se dio cuenta de que no era Rosey la persona que salía por allí.

Retrocedió vivamente, quedando en una posición tal que pudiera ver sin ser visto. Margot salió y tras ella lo hizo el guarda.

—No vengas más durante el día —dijo Rosey—. Podría resultar comprometedor si te vieran.

—Estoy dando un paseo. El parque es lo suficientemente extenso para que no sepan dónde estoy en este momento.

—Mira hacia arriba —dijo él—. La casa está casi completamente oculta, pero una persona, provista de prismáticos, podría divisarte desde las buhardillas.

—¿Crees que las doncellas o el ama de llaves se dedican a espiar mis pasos? —preguntó Margot.

—Quizá no..., pero quizá sí —contestó Rosey—. Más vale actuar sobre seguro...

—Si vengo aquí durante el día, resultará menos sospechoso que si lo hiciera durante la noche.

—Hazlo cuando duerman todas y nadie te verá, Margot.

—Está bien —aceptó ella—. ¿Esta noche?

—Como quieras. Después de las doce, en todo caso.

Margot se separó del guarda. Rosey sacó un pañuelo y se limpió los labios.

Tellent se sentía perplejo. Había descubierto, sin quererlo, la existencia de un «romance» entre el guarda y la hermosa viuda. Ciertamente, no se podía negar que Rosey no fuese atractivo, pero le parecía que Margot, cuando deseara salir de su viudez, habría de buscarse un hombre de otra clase.

«Las mujeres... sólo el diablo las entiende», filosofó.

Pero luego una acuciante sospecha invadió su imaginación.

¿Y si el guarda, puesto de acuerdo con Margot, había asesinado

a Honnard?

Después de lo que acababa de ver y oír, la hipótesis no le pareció en absoluto descabellada.

CAPÍTULO X

Tom Rosey entró en la caseta. Tellent esperó un par de minutos y luego, se acercó al timbre de llamada.

El guarda volvió a salir momentos después y miró al abogado con aire receloso.

—¿Qué desea? —preguntó, sin demasiada amabilidad.

—Anúncieme a la señora Honnard —pidió Tellent—. No hace falta que le diga mi nombre, por supuesto.

—Tengo buena memoria —contestó Rosey—. Aguarde; voy a hablar por el teléfono interior.

Tellent encendió un cigarrillo para entretener la espera. Un minuto más tarde, Rosey accionaba el mando de apertura de la reja.

—La señora le espera —dijo solamente.

Tellent avanzó tranquilamente a lo largo del sendero enarenado. Cuando llegaba a su final, divisó a Margot sentada en una butaca no lejos de la piscina.

Ella le contempló con moderada curiosidad.

—¿Señor Tellent?

—Le ruego me disculpe, señora —manifestó el joven—. El otro día, cuando conversamos, yo ignoraba ciertos datos, acerca de su esposo. He venido a verla para que me los explique con mayor claridad.

—¿De qué se trata? —preguntó Margot.

—De su visita al doctor Gearn, señora.

Margot frunció el ceño.

—¿Piensa que mi marido estaba loco?

—No, pero estoy tratando de aclarar su muerte.

—Para eso está la policía, señor Tellent.

—Lo sé, pero no se ha conseguido nada hasta ahora.

—Veo muy difícil que se encuentre al asesino.

—¿Quién sabe? A lo mejor, su captura es cuestión de horas.

Ella se irguió en su asiento.

—¿Conoce usted su nombre?

—Si lo supiera, la policía estaría ya actuando. No, no sé quién pueda ser, pero ando acumulando pistas para elegir la más adecuada.

—¿Y cree que la visita de mi difunto esposo al doctor Gearn puede ser una de esas pistas?

—Tal vez. ¿Qué me dice usted de su enfermedad?

—Era una simple neuralgia. Lo que sucede es que le duró bastantes días y se alarmó un poco, eso es todo. La visita al doctor Gearn bastó para dejarle definitivamente curado.

—Parece ser que esos dolores de cabeza sobrevinieron tal vez por motivos de ansiedad o preocupación. ¿Conoce usted esos motivos, señora?

—No, en absoluto. Tengo entendido que fueron secuelas de una intoxicación alimenticia..., a veces ocurren esas cosas, según el doctor Gearn, claro, pero no puedo decirle más, porque lo ignoro.

—Está bien, señora Honnard. No quiero seguir molestandola más..., salvo que aún me queda una pregunta por hacerle.

—Hable, abogado.

—Gracias, señora. Se trata de esa caja fuerte secreta que, según parece, fue el origen de la muerte de su esposo.

—Ya le he dicho que no sé nada de esa caja. Ni siquiera creo que exista —contestó ella secamente.

—El hombre que tal vez la instaló en la residencia murió asesinado —dijo Tellent con solemne acento—. El conocía el emplazamiento de la caja fuerte y alguien le mató para que no lo divulgara.

—En todo caso, repito, ignoro cuál es su emplazamiento.

—Pero ése es un trabajo que no pudo ser pasado por alto —declaró el joven—. Alguien tuvo que verlo...

—Yo, no —dijo Margot con firmeza—. ¡Aguarde un momento! —exclamó de pronto.

Tellent la contempló con interés. Ella reflexionó un momento y luego añadió:

—Hace algunos años, no recuerdo exactamente la fecha, la residencia se quedó sola. La servidumbre salió de vacaciones y mi esposo y yo nos fuimos a esquiar al Valle del Sol, en Idaho.

Entonces, de repente, él dijo que debía volver aquí para unos asuntos urgentes. Estuvo solo cosa de tres o cuatro días y regresó enseguida. Si no fue entonces cuando se instaló la caja fuerte, no sé cuándo pudo ser —concluyó Margot.

Tellent sonrió.

—Es muy posible que lo hiciera entonces, con la ayuda del difunto Sandyn. —Se puso en pie—. Gracias por su colaboración, señora.

Margot contestó con una ligera inclinación de cabeza. Tellent giró sobre sus talones y emprendió la marcha hacia la salida.

Rosey apareció cuando iba a llegar a la cancela. Mientras la reja se deslizaba a un lado, Tellent levantó la vista y miró al cielo.

—Hace un tiempo espléndido —dijo—. Quedará una noche maravillosa para los enamorados, ¿no cree?

Y antes de que el sorprendido guarda pudiera contestarle, cruzó la puerta y se dirigió hacia su automóvil con paso rápido.

Una hora más tarde, hablaba con la enfermera-recepcionista del doctor Gearn.

—Si no tiene hora convenida, el doctor no podrá recibirle hasta que haya despedido al último paciente —dijo la mujer.

Tellent consultó su reloj.

—Puedo esperar, no tengo prisa —contestó.

—Bien, entonces anotaré sus datos personales...

—No se moleste; no es una consulta profesional —dijo Tellent—. Se trata de un asunto privado.

Sacó una tarjeta y se la entregó a la enfermera.

—Soy ahogado —manifestó—. Esperaré.

La enfermera le miró con sorpresa. Tellent se sentó en un diván. A poco, salió una dama y la enfermera penetró en el despacho del siquiatra.

Momentos después, aparecía de nuevo ante el joven, manteniendo la puerta abierta con una mano.

—Señor Tellent, el doctor accede a recibirle con la condición de que sea breve. La consulta anterior ha terminado antes de lo previsto y ello le permite concederle diez minutos de su tiempo.

—Sobrarán —sonrió el joven—. Gracias, Señorita.

Tellent entró en el despacho. El doctor Gearn estaba escribiendo algo sobre una ficha médica y levantó la vista para contemplar a su

visitante.

—¿Cómo está, abogado? —saludó cortésmente—. Tenga la bondad de sentarse, por favor.

—Muchas gracias, doctor. Le quedo muy reconocido por haber accedido a mis pretensiones. Seré breve, se lo prometo.

Gearn usaba gafas para la lectura y se las quitó coa ademán rápido.

—Empiece, señor Tellent —invitó.

—Se trata de un paciente suyo —dijo el joven—. Murió asesinado hace algunas semanas. Se llamaba Stanley Honnard.

—Lo recuerdo —confesó el siquiatra—. No era un caso de gravedad, aunque sí interesante.

—Tenía fuertes neuralgias y usted se las curó, creo. Gearn sonrió.

—Era una especie de psicosis producida por una ansiedad de tipo bastante común. Pero en él, sin embargo, empezaba a derivar hacia la manía persecutoria. —Murió de un balazo. ¿Temía ya su asesinato?

—No. No lo creo, es decir. Al menos, en la conversación que sostuvimos, no mencionó para nada, esa posibilidad ni yo lo descubrí tampoco en sus palabras.

—Bueno, pero si tenía manía persecutoria... esa significa que temía la persecución de alguien.

Gearn volvió a sonreír.

—No exactamente —contestó—. Manía persecutoria de siempre significa lo que usted acaba de decir. A veces, esa manía se da con relación a otros actos..., por ejemplo, la persona que siempre está temiendo que se le caigan las casas encima o que la atropelle un automóvil.

—Entiendo —dijo el joven—. Y, ¿de qué clase era la manía del señor Honnard?

—Temía la quiebra del Banco donde tenía depositado su capital.

—¡Vaya! —resopló Tellent—. Eso sí que es raro.

—Un caso curioso, ciertamente, porque no he tenido muchos pacientes como Honnard. Afortunadamente, pude convencerle de que su Banco no quebraría. En una de la entidades financieras más sólidas del país. —¿Y el tranquilizarle a ese respecto, le curó las neuralgias?

—A los ocho días me llamó y me dijo que ya no sentía nada. Le envié la minuta, la abonó en un cheque por correo... y eso fue todo. Ya no supe más de él, hasta que conocí la noticia de su asesinato.

—Sí que es raro —repitió el abogado—. Un Banco de solidez indiscutible que puede quebrar. Nunca había oído una cosa semejante.

—Ahora ya no lo podrá decir en lo sucesivo —sonrió el siquiatra—. ¿Algo más, señor Tellent?

El abogado se levantó de la silla.

—Ha sido usted muy amable, doctor. —Consultó su reloj—. Sobran todavía cuatro minutos de los diez concedidos. Muchas gracias, doctor.

Tellent abandonó el despacho notablemente perplejo.

¿Era concebible que un hombre de mente tan sólida como Honnard hubiese creído por un momento que su Banco estaba a punto de quebrar?

Gearn no le había engañado, por supuesto. Pero ¿cómo había llegado Honnard a pensar una cosa semejante?

Una conversación con Borton resultaría interesante. Pero era ya tarde para visitar al abogado. Iría al día siguiente, se dijo.

Cuando llegaba a su casa, divisó un coche parado ante la puerta. Después de lo ocurrido, recelaba de todo y de todos.

En lugar de frenar, pasó de largo. El chófer parecía muy abstraído en la lectura de una revista deportiva.

Tellent lo reconoció en el acto.

Era uno de los esbirros de «El Buitre». Si el tipo estaba en la puerta esperando, resultaba claro que...

Aceleró y siguió otro camino, que le llevó, quince minutos más tarde, a las inmediaciones de la residencia de Frank Byrd.

Detuvo el coche cerca de la casa y se apeó. Momentos después, llamaba a la puerta.

Alguien emitió una exclamación de sorpresa al verle. Era Luke.

La mirilla se cerró de nuevo. Tellent comprendió que el rufián iba a avisar a su jefe.

Entonces varió el plan. Se apartó de la puerta, corrió a lo largo de la pared y dobló la próxima esquina.

Había una ventana cuyo alféizar quedaba a la altura de su pecho. Tellent probó y consiguió levantar el bastidor.

Entró en la habitación sin hacer ruido y se dirigió hacia la puerta, que abrió poco a poco. A través de la rendija, divisó a Luke que se encaminaba hacía te puerta de la casa.

Tellent esperó a que el pandillero hubiera rebasado la habitación en que se encontraba. Entonces, terminó de abrir y corrió tras él.

Luke presintió algo raro en el último instante. Empezó a volverse, pero ya el puño del joven se abatía sobre su oreja derecha. Luke se desplomó como buey apuntillado.

Tellent se inclinó sobre el caído y le desposeyó de una pistola. Sonriendo desdeñosamente, se encaminó hacia el despacho de Byrd.

Abrió la puerta. Byrd se quedó helado al verse encañonado por el arma que empuñaba su visitante.

—Vengo a matarle, «Buitre» —anunció Tellent con voz truculenta.

CAPÍTULO XI

La cara del forajido adquirió inmediatamente una coloración grisácea. Sus labios temblaron y la frente se le cubrió de sudor.

Tellent se echó a reír. Cerró de un taconazo y avanzó hacia la mesa.

—Le he dado un buen susto, ¿verdad? —dijo. Guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta y se sentó en un ángulo de la mesa—. No soy tan malo como usted cree —agregó.

Byrd sacó el pañuelo del bolsillo de pecho y se enjugó el sudor.

—¡Maldita sea! —Gruñó—. ¿Qué quiere de mí?

—Sentarle en la silla eléctrica por cuatro asesinatos que cometieron usted y sus hombres ayer por la noche.

—No podrá probar nada —le desafió «El Buitre».

—No esté tan seguro. Los tipos como usted, tarde o temprano, acaban mal. ¿Qué pasa hoy? ¿Quería aumentar su cuenta de «fiambres»?

—No entiendo lo que dice...

—Sus gorilas están ahora en mi casa, esperando a que yo vuelva, para llevarme de «paseo». ¿Por qué no les telefonea y les dice que dejen de esperarme?

Byrd le miró con ojos de asombro.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Perspicaz que es uno —sonrió Tellent—. ¿Qué me dice de la caja fuerte secreta de Honnard?

—No sé nada...

Tellent reparó en aquel momento en una máquina de escribir, enfundada, que había sobre una mesita auxiliar.

—Siéntese y escriba —ordenó.

Byrd permaneció inmóvil. Entonces, Tellent, impasible, se levantó de la mesa y sacó la pistola.

—¡Escriba! —ordenó.

Byrd se ahogaba de rabia. Bajo la amenaza del arma, se vio constreñido a obedecer.

—¿Qué quiere que escriba? —preguntó, mientras quitaba la funda de la máquina.

—Cualquier cosa, no tiene importancia. Un par de líneas es suficiente.

Byrd tecleó en la máquina con más habilidad de la que hubiera supuesto su visitante. Al terminar, arrancó la hoja y se la entregó a Tellent.

El joven leyó las frases escritas. Luego alzó la vista y sonrió divertidamente.

—Usted lo es más —dijo, mientras guardaba la cuartilla en uno de sus bolsillos—. Hablemos ahora de la caja fuerte de Honnard.

—Le he dicho antes que no sé nada.

Tellent guardó la pistola y flexionó los dedos varias veces.

—No quiero hacer ruido con un disparo a la rodilla. Me conformaré con quitarle la respiración hasta que anuncie que está dispuesto a hablar.

Byrd se acordó entonces de las manos que le habían apretado el cuello la víspera y sintió pánico.

En aquellos momentos, había creído de veras que iba a morir. Ahora, al ver la actitud de su visitante, sintió algo muy parecido.

—¡No, espere! —dijo, totalmente acobardado—. No me toque... Le aseguro que no lo sé..., bueno, no sé dónde está la caja fuerte.

—Pero conoce su existencia.

—Sí.

—¿Quién se lo dijo?

Byrd remoloneó un poco.

—Yo sospechaba algo —dijo—. En varias ocasiones, hice que mis hombres registraran la casa. Una de las veces se disfrazaron de ladrones y robaron algunos objetos de plata. Nunca pudieron encontrar la caja. Pero tiene que existir a la fuerza.

—Sí, yo también creo lo mismo. Y..., ¿qué hay dentro de la caja?

—Papeles.

—¿Nada más?

—Y dinero.

—¿Cuánto?

—Mucho. Probablemente millones.

Tellent frunció el ceño.

—Un millón de dólares ocupa bastante espacio —dijo.

—Depende del tamaño de la caja —contestó Byrd.

—Eso sí es verdad. ¿Quién mató a Jeff Sandyn?

—No lo sé. Ni yo ni mis hombres lo hicimos. Puedo jurárselo.

—Sí, júrelo, porque será difícil que le crea. —Tellent señaló el teléfono—. Ande, díglele a sus gorilas que dejen mi casa en paz. Si no lo hacen así, le torceré el cuello como a un pollito.

«El Buitre» obedeció, devorado por la rabia. Momentos después, volvía el aparato a la horquilla con seco golpetazo.

—Ya está. Se irán ahora mismo.

—Muy bien —dijo Tellent—. Y ahora, la última advertencia. Ustedes, rufianes de tres al cuarto, están acostumbrados a tratar con víctimas que se acobardan apenas les miran. Yo no soy de esa clase de gente, como habrá tenido ocasión de comprobar. Puedo venir aquí y arrasar la casa y cuánto hay dentro con mis manos. Tome nota de lo que le digo... y deje en paz a Yolanda Dubbett o lo pasará muy mal.

Tanteó el tablero de la mesa. De pronto, alzó el puño y lo dejó caer con todas sus fuerzas.

La mesa se astilló por el centro. Byrd contempló la parte hundida con ojos desorbitados por el espanto.

—Imagínese que hubiera sido su cráneo —rió Tellent.

Y sin más, se dirigió hacia la puerta.

Cuando abrió, vio que Luke estaba frente a él, empuñando una navaja de resorte.

—Vamos a ver, hombre valiente —silabeó el pandillero—. Atrévete ahora a atacarme.

Tellent dio un paso lateral y se apartó de la puerta, a fin de evitar un posible ataque por retaguardia. Luke saltó hacia él, estirando el brazo.

Tellent aguantó la embestida a pie firme. En el último instante, hizo un quiebro con el cuerpo.

La navaja se clavó en la pared. Tellent agarró la muñeca de Luke con fuerza insospechada, hasta que el pandillero aflojó los dedos.

Luke le miró con espanto. Sonriendo tranquilamente, Tellent le agarró por la cintura y lo izó a pulso.

—¡No, no! —chilló el rufián.

Tellent se plantó ante la puerta, con el prisionero izado sobre la cabeza. Byrd adivinó lo que iba a pasar y se escondió bajo la mesa.

El joven se echó a reír. En el último instante, sintió lástima del pistolero, pese a que había intentado matarle.

Abrió las manos y dio un paso atrás. Luke cayó al suelo y quedó encogido sobre sí mismo, temblando de miedo.

Byrd asomó la cabeza y le miró por encima del borde de la mesa.

—Adiós, canalla —se despidió el abogado.

Cuando salió, ninguno de los dos sujetos se había atrevido aún a moverse de su sitio. Tellent confió en que los esbirros de Byrd le dejasen el piso libre.

Cuando llegaba a su casa, divisó la silueta de una persona conocida. Dio un par de toques al claxon y Yolanda volvió la cabeza.

Tellent frenó y saltó rápidamente al suelo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—En todo el día no he tenido noticias tuyas —respondió la joven—. Me sentía impaciente y, en vista de que su teléfono no contestaba, decidí venir a ver qué sucedía.

—¿Está segura de que el teléfono no ha contestado?

—Absolutamente, señor Tellent.

El abogado levantó la vista hacia arriba. Ahora no veía el coche que estaba cuando llegó la vez anterior, pero no por ello debía confiarse.

—¿Qué le sucede, señor Tellent? —preguntó la joven.

—Esta tarde, cuando regresaba, me encontré con un coche sospechoso en la puerta. Los esbirros de Frank Byrd estaban aguardándome, así que decidí ir a verle a él. Le di un buen susto, créame.

—La que se está asustando soy yo —confesó Yolanda—. ¿Piensa subir a su piso?

—No voy a estar aquí toda la noche —gruñó el abogado. Espere en mi coche; ya le haré señas para que...

—¡No, no me deje sola! —exclamó ella—. Iré con usted.

Entraron en la casa. Las aprensiones de Tellent no se cumplieron, por fortuna.

—Menos mal que han evacuado el apartamento —dijo con un suspiro de alivio.

Yolanda Se quejó de una cosa.

—Huele espantosamente —dijo.

—Han estado fumando como bestias —gruñó él—. Tengo un pulverizador de perfume en el cuarto de baño. Espere un poco..., ahí tiene una mesita con licores. Prepare dos copas, ¿quiere?

Tellent volvió segundos después y aligeró el ambiente. Yolanda le entregó una copa al terminar.

—Bien, y ahora, ¿qué tiene que contarme de sus pasos?

—Mucho —respondió él—. Y algunas de las cosas le van a sorprender bastante. Dígame, ¿notó en Honnard alguna manía relativa a... la quiebra de algún Banco?

—No —contestó Yolanda, muy sorprendida—. ¿De qué Banco recelaba?

—Del suyo, del que guardaba su capital...

Tellent habló largo rato, aunque no siguió un orden estricto de los pasos que había dado durante el día. Yolanda le escuchó con gran atención.

—Pero todavía hay más —dijo él antes de dar su relato por concluido.

—¿Qué me dice de Tom Rosey?

—Es un buen hombre, bastante retraído..., pero servicial y atento cuando se le necesitaba —respondió Yolanda, un tanto sorprendida por la pregunta—. ¿No le dije algo al respecto?

—Sí, pero usted o lo ignoraba o me lo ocultó.

—¿Qué era lo que tenía que ocultarle?

—El «romance» de Rosey con la señora Honnard.

Yolanda se quedó atónita.

—¿Un... «romance»?

—Así, tal como suena —confirmó Tellent, impertérrito.

—¡Pero eso es imposible! ¡La señora Honnard estaba enamoradísima de su esposo! —protestó Yolanda con gran vehemencia.

—En todo caso, no cabe duda de que su capacidad de olvido es grandísima —dijo el abogado con sorna—. Y que tiene un corazón fácilmente inflamable.

Yolanda meneó la cabeza.

—Se me hace muy cuesta arriba creerlo... —murmuró.

—No me lo ha dicho nadie; lo he visto yo mismo —aseguró Tellent, quien, a continuación, explicó a Yolanda lo que había presenciado desde la puerta de entrada al parque de la mansión de los Honnard.

La joven quedó silenciosa durante algunos momentos, después de escuchar aquel relato. Luego, de pronto, se le ocurrió una idea que provocó un estremecimiento en su cuerpo.

Sus ojos se clavaron con fijeza en la cara del abogado.

—¡Sé lo que está pensando! —exclamó—. Ahora cree que la muerte de Honnard se debe a una confabulación entre Margot y el guarda.

—No sería la primera vez que ocurriese, una cosa semejante —contestó él con rostro impasible.

—¡Dios mío, no, no..., sería demasiado horrible!

—Pero es una posibilidad que no debemos descartar, Yolanda. No es la primera vez que una esposa y su amante se ponen de acuerdo para suprimir un obstáculo molesto, el esposo, claro.

—¿Y no cree que, de ser así, no habrían buscado un método menos comprometedor? Para Tom, me refiero. Honnard murió asesinado a una hora en que él vigilaba el parque.

—Rosey me dijo que se había dormido y que fue durante su sueño cuando Honnard recibió el balazo mortal. Pero ¿quién puede comprobar su declaración?

Ella, Margot, tiene una coartada indestructible; sin embargo, la posición de Tom es muy endeble.

—La policía registró su vivienda y no encontró ningún arma —dijo Yolanda.

—Es un parque de cuatro hectáreas de extensión —sonrió Tellent—. Un revólver se puede esconder perfectamente y no encontrarse jamás.

—La policía previó esa posibilidad y rastreó todo el parque con detectores de metales, análogos a los usados por los militares para rastrear minas terrestres. El revólver no apareció.

Tellent se quedó un poco cortado.

—Tal vez lo tiene muy escondido, pero después de lo que pude ver y oír, no me cabe duda de que Tom Rosey es uno de los principales sospechosos.

—¿Y no se le ha ocurrido interrogar a la señora Honnard acerca de ese tema?

—No se me ha presentado todavía la ocasión, pero lo haré en cuanto pueda, desde luego —contestó el abogado.

Yolanda lanzó un profundo suspiro. Luego, de pronto, se puso en pie.

—Debo irme. ¿Qué piensa hacer mañana? —preguntó.

—Visitar a un amigo policía. Quiero que me abra una puerta que, ordinariamente, estaría cerrada para mí. Incluso a él le costará abrirla..., pero confío en conseguirlo.

—¿A qué puerta se refiere? —preguntó Yolanda, extrañada.

—A la puerta del Banco donde Honnard guardaba su dinero —respondió Tellent. Cogió el brazo de la joven y añadió—: Es un poco tarde ya; la llevaré en mi coche hasta su casa.

CAPÍTULO XII

Descendieron en silencio, ocupados cada uno en sus respectivos pensamientos. Una vez en la planta baja, salieron del ascensor y cruzaron el vestíbulo.

Tellent había dejado su automóvil unos metros más arriba de la puerta. Empezaron a cruzar la acera en sentido oblicuo y, de repente, se oyó el rugido de un motor que aceleraba con gran fuerza.

El abogado volvió la cabeza instintivamente. Entonces divisó un automóvil que rodaba a gran velocidad, en sentido contrario a la marcha de ellos. Tellent se dio cuenta de que el vehículo iba a pasar a menos de tres metros de la acera, rozando casi el suyo.

Los faros del coche les dieron de lleno en la cara. Tellent adivinó algo siniestro y agarró a Yolanda por la cintura.

Ella gritó, extrañada. Tellent tiró con fuerza hacia sí, haciéndola caer de costado. Los dos rodaron por el suelo, en el momento en que salían unos fogonazos de la ventanilla delantera izquierda.

Las balas silbaron agudamente y chocaron contra la parte baja de la pared, rebotando con crispantes silbidos. Tellent pasó un brazo por los hombros de la joven, procurando cubrirla con su propio cuerpo.

Vagamente se dio cuenta de que era un hombre sólo el que disparaba y conducía al mismo tiempo. El vehículo desapareció por un cruce próximo, antes de que Tellent pudiera tomar el menor dato de su matrícula.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Yolanda, temblando de pánico.

Tellent se puso en pie y la ayudó a incorporarse. ¿Contra quién habían sido disparados aquellos tiros? ¿Contra Yolanda? ¿Contra él... o contra ambos?

—Alguien quería comprobar la bondad de un silenciador aplicado a su pistola —dijo con tétrico humorismo.

—Pero..., ¿por qué? ¿Por qué?

—Usted o yo, o tal vez los dos, estorbamos.

Yolanda escandió la cara entre las manos.

—Yo no he hecho daño a nadie —murmuró, estremeciéndose todavía.

—Hay quien piensa todo lo contrario —contestó él—. Y en vista de las circunstancias, yo pienso que no es conveniente que vuelva a su casa.

—Entonces, ¿qué he de hacer?

—Si confía en mí, quedarse en mi apartamento.

Ella le miró rectamente a la cara.

—No podría quedarme sola esta noche en casa —contestó.

Tellent la cogió de nuevo por el brazo.

—Entonces, volvamos de nuevo arriba —dijo—. Es un piso de soltero, pero podemos recurrir al procedimiento clásico en estas circunstancias: usted en mi dormitorio y yo en el diván de la sala.

—Le estoy dando demasiadas molestias...

—Me paga para ello —sonrió Tellent—. Vamos, regresemos; arriba estará más segura.

Después de lo ocurrido, Tellent no hubiera permitido por nada del mundo que la joven se quedara sola. Procuró tranquilizarla con una charla normal, alejada del tema que tanto les preocupaba y, al cabo de un rato, le dio una tableta sedante.

Cuando se disponía a salir, a la mañana siguiente, Yolanda dormía todavía. Le dejó una nota en sitio bien visible, encareciéndole que no saliera de casa y que no abriese a nadie que no fuese él en persona, después de lo cual se dispuso a visitar a su amigo el policía.

Matt Coltin le recibió con gran efusión, aunque no pudo evitar formularle un reproche.

—Creí que te habías olvidado de mi existencia —dijo.

—Lo siento. He ido de un lado para otro... Necesito que me eches una mano, Matt —pidió el abogado.

—¿Real o metafórica?

—Puedes interpretarlo como gustes, Matt, pero te necesito.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Be abrir la puerta de un Banco.

Coltin pegó un respingo.

—¿Me estás proponiendo un asalto, Joe?

Tellent sonrió.

—No. Tengo que hacer una visita al Banco donde el difunto Honnard guardaba su dinero. Ahora bien, yo no conozco a nadie en ese Banco y por eso he venido a ti.

—¿Podrías, al menos, decirme por qué quieres que yo te abra las puertas de ese Banco?

—Honnard tenía una caja fuerte secreta donde guardaba documentos y dinero. Hizo una visita a un siquiatra y..., ¿sabes qué era lo que decía? Tenía la manía de que su Banco iba a quebrar.

—¡Vaya! —resopló Coltin—. Una manía bien estúpida, por cierto.

—Sí, pero detrás de esa manía, en mi opinión, se esconde algo no muy claro. ¿Puedes ayudarme o no, Matt?

Coltin reflexionó durante algunos segundos.

Luego dijo:

—También a mí me interesa resolver este caso, Joe. ¡Vamos!

El policía se puso en pie. Tellent le imitó.

—¿A quién vamos a ver? —preguntó.

—A un alto ejecutivo de ese Banco. Saunderson es su nombre —respondió Coltin.

Media hora después, estaban en el despacho privado de Saunderson. Los dedos del ejecutivo tabalearon sobre la mesa durante casi un minuto, antes de dar la respuesta a la pregunta que Coltin, por indicación de su amigo, le había formulado.

—Está bien —habló al cabo—. No es mi costumbre ni la de ningún empleado del Banco, por supuesto, dar informes sobre el estado financiero de un cliente, a menos que me lo pida un juez, claro, pero dadas las circunstancias... Sabía que un día vendrían a preguntármelo, de todas formas.

—Honnard tenía la manía de que su Banco iba a quebrar —dijo Tellent.

—¡Absurdo! —protestó Saunderson—. Espero que me harán el favor de no divulgar una noticia semejante. Resultaría catastrófico para nosotros.

—Puede estar seguro de ello, señor Saunderson —afirmó el abogado—. Pero... Honnard, ¿sacó o no grandes cantidades de dinero de este Banco en los últimos tiempos?

Saunderson movió la cabeza afirmativamente.

—¡Seis millones! —contestó.

Tellent pegó un bote en el asiento. Coltin sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—¡Seis millones! —repitió el policía, atónito.

—Ni un centavo menos —corroboró Saunderson.

En la calle, Tellent y su amigo se contemplaron mutuamente durante algunos segundos, todavía no recobrados de la sorpresa recibida.

—¿Has oído? —dijo Coltin—. ¡Seis millones, Joe!

Tellent asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—La cosa es mucho más gorda de lo que yo creía —dijo.

—Sí, y para mí, incomprensible. Hoy día no es época para que un hombre guarde en su casa una suma tan elevada. No comprendo los motivos, Joe, te lo digo con sinceridad.

—Aparte de la manía respecto a la solidez financiera del Banco, Honnard pudo tener unos motivos bien definidos, Matt.

—¿Cuáles? —preguntó el policía.

—Evasión de impuestos.

Coltin se frotó la mandíbula con gesto de perplejidad.

Luego hizo un signo negativo con la cabeza.

—No, Joe, no lo hizo por evadir el pago de sus impuestos.

—¿Por qué, Matt? Es dinero contante...

—Sí, pero los inspectores del Fisco habrían terminado por enterarse de esa extraña operación y le habrían reclamado el pago de los impuestos correspondientes a los seis millones. Honnard sacó ese dinero del Banco y lo hizo por algo que todavía no conocemos.

Tellent apretó los labios.

—Es probable que yo pueda saber hoy algo de eso —dijo.

—¿Cómo? —preguntó el policía.

—Hablando con la viuda de Honnard —respondió el abogado—.

A propósito, ¿tenéis al guarda de la finca en la lista de sospechosos?

—Sí —contestó Coltin lacónicamente.

Tom Rosey le miró oblicuamente desde el otro lado de la cancela de hierro, antes de decidirse a abrirla.

—No estoy seguro de que la señora quiera recibirle —manifestó, tras escuchar la petición del abogado.

—¿Se lo ha aconsejado usted?

La mandíbula del guarda se cuadró repentinamente.

—Le agradeceré que no me atribuya funciones que no me competen —dijo con sequedad.

—¿De veras? —contestó Tellent en tono burlón—. A mí me parece que dadas las actuales circunstancias, es usted el hombre más adecuado para dar consejos a la encantadora señora Honnard.

—Voy a abrir la puerta y le voy a propinar la paliza más grande que ha recibido en su vida —anunció Rosey.

—Bien, por mi parte no hay inconveniente. Abra cuando quiera.

Rosey pareció vacilar. Tellent lo observó y sonrió.

—¿Qué, se «raja»? No es tan fácil anunciar una cosa como la que me ha dicho y luego cumplirla. ¡Vamos, abra!

—Me gustaría saber de qué va a hablar con ella —gruñó Rosey.

—Yo podría enviarle a usted al diablo, diciéndole que no tengo por qué tratar de ciertos asuntos con un simple vigilante, pero seré más educado. Si no quiere que entre, haga que ella venga aquí. Busque cualquier pretexto, pero llámela.

Rosey calló un momento. Luego dijo:

—Sí, tal vez eso sea lo mejor. Entre y espere en la caseta.

La cancela se deslizó a un lado. Tellent pasó al otro lado y esperó a que Rosey hubiera terminado de hablar por el teléfono interno con la casa.

Al cabo de unos minutos, Tellent divisó la silueta de la mujer que descendía por el sendero. Hábilmente, maniobró para quedar oculto por el momento.

Margot llegó y se detuvo en el umbral de la puerta.

—¡Tom! ¿Por qué me haces venir? —preguntó.

—El abogado Tellent quiere hablar con usted, señora —contestó Rosey.

—Pueden emplear el tratamiento corriente que usan cuando están a solas —dijo Tellent, apareciendo de súbito—. Delante mío las ceremonias no son necesarias.

Margot enrojeció vivamente.

—¿Qué es lo que está diciendo? —exclamó.

Rosey se mordía los labios. Tellent sonrió.

—Repito que no es necesario que simulen el papel de ama y servidor —dijo—. Conozco de sobra las relaciones que los unen y pueden prescindir perfectamente de toda simulación.

—¿CÓ... cómo lo ha sabido usted? —preguntó ella.

—No importa ahora —repuso el abogado—. Pero es cierto que usted y Tom...

Dejó el resto de la frase sin concluir. Las mejillas de Margot estaban rojas como una guinda.

Rosey permanecía silencioso. Tellent continuó:

—¿Desde cuándo existe ese «romance»? Se supone que usted estaba enamoradísima de su marido, señora Honnard.

Margot desvió la mirada.

—Hace ya tiempo que no le quería, pero no le engañé mientras vivió —contestó con voz sorda.

—Sólo le traicionó una vez —dijo Tellent duramente—. Fue cuando se marchó a Portland y Tom le disparó un tiro al pecho para librarse ambos de un estorbo.

CAPÍTULO XIII

Al oír aquellas palabras, Margot retrocedió un paso.

—¡No, eso no es cierto! —clamó—. Tom no lo hizo.

—¿Puede usted asegurarlo de otra forma que con simples palabras? ¿Sabe que Rosey es el sospechoso número uno para la policía?

Margot miró al guarda con expresión implorante.

—Tom, dime, ¿fuiste tú? —preguntó con un hilo de voz.

Rosey movió la cabeza negativamente.

—No. Lo juro —contestó.

—¿Ha oído usted, abogado Tellent? —dijo ella triunfalmente—. ¡Tom no fue!

—Lo siento, pero a mí no me bastan las palabras —contestó Tellent inflexiblemente.

—¿Tiene alguna prueba de que haya sido yo? —preguntó Rosey desafiante.

—Es usted el que ha de demostrar su inocencia, no yo. Stanley Honnard murió asesinado y si ya es usted sospechoso, ¿qué pasará cuando se conozcan las relaciones que existen ahora entre ambos? ¿A quién hará creer que esas relaciones no pasaron del mero platonismo?

Rosey palideció horriblemente.

—¡Yo no le maté, lo juro y lo juraré mil veces! ¡Estaba dormido...!

—Pero no puede probar que no lo matase.

—La policía registró esta casa y no encontró el arma. Tampoco está enterrada en el parque.

—Pero ¿por qué le iba a matar él? —intervino Margot.

—Aparte de usted, que ya es motivo suficiente, por seis millones de dólares.

Margot y Rosey se quedaron atónitos.

—¡Seis millones! —repitió la primera.

—Una cifra absolutamente exacta. Acabo de comprobarlo en el Banco.

Margot volvió los ojos hacia Rosey.

—Tom, ¿qué sabes tú de esto? —preguntó—. Conoces de sobra mis sentimientos, pero no podría soportar la existencia a mi lado del hombre que mató a mi esposo.

—No sé nada, Margot —contestó el guarda—. Soy sincero. Si me amas, créeme.

Ella se enfrentó de nuevo con el abogado.

—Señor Tellent, debo confesarle que la muerte de mi esposo fue una liberación para mí, pero igualmente le diré que no levanté un solo dedo para provocar su muerte.

—Una declaración que la honra, señora —contestó el joven gravemente—. Sin embargo, y más en estas circunstancias, es preciso apoyar las palabras con hechos contundentes.

—No puedo, no tengo más que mi palabra. —Margot se retorció las manos—. Y yo estoy absolutamente persuadida de que Tom no le mató.

Ambos parecían sinceros, se dijo el abogado.

—El asunto estriba en seis millones que salieron del Banco —dijo—. ¿Dónde están? Aquí, no cabe duda, en la caja fuerte secreta que instaló un tipo llamado Jeff Sandyn y que murió asesinado por no querer divulgar el lugar donde hizo tal instalación.

—Yo no tengo la menor idea de dónde pueda estar la caja —aseguró el guarda.

—A mí no me habló Stanley nunca de ese cofre fuerte —dijo ella.

—Pues hay una cosa absolutamente cierta, y es que seis millones de dólares ocupan bastante espacio. Por tanto, tiene que ser una caja de buen tamaño. Es curioso —añadió—; la extracción de dinero del Banco se hizo solamente en el último año. Cada vez que traía un millón, debía de portar una maleta de buen tamaño. ¿No le extrañó eso a ustedes?

Rosey meneó la cabeza.

—Durante un año he abierto y cerrado esta puerta —dijo—. Puedo asegurarle que el señor Honnard jamás volvió con una maleta.

—La traería en el baúl del coche —apuntó Tellent.

—No —terció Margot—. En ese caso, yo la hubiera visto... y lo declararía inmediatamente. Estoy tan interesada como el que más en que se aclare la muerte de mi esposo, señor Tellent.

El abogado emitió un suspiro de resignación. En aquel instante sonó el teléfono de la caseta.

—Perdonen un momento —dijo Rosey.

Entró en la caseta, habló brevemente y volvió a salir casi enseguida.

—Era June, la doncella. Dijo que al ir a llenar la piscina, se encontró con que la bomba no funciona.

—¿La bomba de qué? —preguntó Margot.

—Supongo que será la que sirve para lanzar agua a la piscina —intervino Tellent.

—Es curioso —murmuró Margot—. Yo siempre creí que bastaba abrir un grifo para que se llenase la piscina. En todo caso, la bomba serviría para hacer funcionar la instalación de agua caliente.

—Iré a ver qué puedo hacer —dijo Rosey. Miró a la señora Honnard—. Margot, yo...

Ella le dirigió una suave sonrisa.

—No te preocupes, Tom —le animó.

Rosey se alejó. Ella se volvió hacia el abogado.

—¿Señor Tellent?

—Dígame, señora Honnard.

—El no... fue. Estoy convencida, créame.

—Admiro su fe, señora, pero a veces es preciso confirmar con hechos lo que uno afirma. Puedo creer a Rosey particularmente, pero se necesita una prueba concluyente de su inocencia.

—Usted es abogado. ¿Por qué no procura hallarla?

—Estoy tratando de encontrar al asesino de su esposo, sea quien sea —contestó Tellent simplemente.

Margot hizo un signo de asentimiento.

—Comprendo —dijo—. Tom no ha sido; lo único que no querría es que fuese acusado injustamente.

—Si es inocente, no debe temer nada, señora Honnard. Y ahora, con su permiso...

Ella misma hizo funcionar el mando de apertura de la cancela. Tellent salió, se dirigió a su automóvil y emprendió el camino de

regreso a la ciudad.

Poco después, solicitaba una entrevista con Dirk Borton.

Su colega le recibió sin hacerse rogar demasiado. Una vez cruzados los primeros saludos, le preguntó si deseaba beber algo.

—Una copa no me vendría mal, en efecto —sonrió Tellent—. ¿Sabe que he quebrantado una de sus disposiciones?

Borton estaba junto a la mesita de licores y le dirigió una mirada oblicua.

—¿Sí? ¿A qué se refiere, colega?

—Vengo de visitar a la señora Honnard. He podido enterarme de una cosa que quizá la afecte gravemente.

Borton volvió junto a él y le entregó una copa.

—Hable, por favor —rogó.

Antes de decir nada, Tellent tomó un sorbo de *whisky*.

—Su difunto cliente, Stanley Honnard —habló por fin—, en un período aproximadamente de un año antes de su muerte, estuvo sacando dinero de su Banco, en diferentes ocasiones, por supuesto, hasta alcanzar la cifra de seis millones de dólares. Eso es lo que dije a la señora Honnard.

Hubo una larga pausa de silencio. Borton bebió un par de tragos y luego regresó junto a su mesa.

—Es una noticia que me deja poco menos que aplanado —contestó al cabo—. ¡Seis millones! ¡Increíble!

—La persona que me informó me merece entero crédito —dijo Tellent suavemente.

—¿Quién fue? —preguntó el abogado.

—Permítame que me reserve su nombre por ahora —contestó Tellent.

Borton meneó la cabeza.

—El pobre Stanley estaba mal, pero nunca creí que llegara a semejantes extremos —dijo.

—¿Mal... de la cabeza?

Borton asintió.

—En efecto, así era —repuso.

—Usted era su abogado. ¿Por qué no propuso una declaración de incapacidad mental?

—¿Para qué? —respondió Borton—. A su esposa no le habría beneficiado en absoluto. ¿Qué podía ganar Margot con esa

declaración? ¿Disponer de más dinero? Su esposo no se lo regateaba en absoluto. Y si yo administraba, y sigo administrando sus bienes, ahora a entera satisfacción de ella, como lo fue cuando él vivía, ¿para qué solicitar judicialmente esa declaración de incapacidad mental? Usted es abogado, como yo, y sabe de sobra que estos trámites se realizan cuando el dueño del dinero lo administra por sí y ejecuta actos que denotan claramente su desequilibrio mental. Ahora bien, puesto que estas circunstancias no se daban en el difunto, era mejor dejar que las cosas siguieran como estaban y procurar su curación.

—Pero usted era abogado suyo. ¿Cómo no se enteró de esa extracción de nada menos que seis millones en sólo un año?

—Es incomprensible —contestó el abogado—. Sólo se puede explicar de una forma: Honnard prohibió que se me informase de tales extracciones de dinero.

—Tal vez —admitió Tellent, a la vez que se ponía en pie—. De todas formas, ya no hay razón para que lo ignore. Creí mi deber informarle de ello, colega.

—Por todo lo cual, le quedo muy reconocido —sonrió Borton.

Tellent abandonó el despacho, sumido en profundas cavilaciones. Casi mecánicamente, guió su automóvil hasta la puerta de su casa.

Yolanda le acogió con no fingido alivio.

—Tenía los nervios de punta —declaró—. ¿Qué ha conseguido?

—Averiguar la suma que hay en la caja fuerte secreta —contestó él.

—¿A cuánto asciende?

Tellent la miró fijamente.

—No me diga que es increíble, Yolanda. Es una suma exorbitante, desde luego, pero no hay nada de fantasía en ello. Seis millones, así como suena.

—Siento que me tiemblan las piernas —dijo la joven, sentándose en un sillón—. ¡Cielos, si parece...! —Hizo un esfuerzo y sonrió—. Iba a decir increíble, pero usted me ha dicho que debo creerlo.

—En efecto. Seis millones, centavo tras centavo y dólar tras dólar —corroboró Tellent enfáticamente.

—¡Pero tanto dinero, en billetes, debe de ocupar un espacio muy grande! ¡No puede caber en una caja Corriente, de las que se

empotran en un muro!

—Lo mismo pienso yo —contestó él, dejándose caer sobre un diván próximo—. Por lo visto, cada vez sacaba del Banco un millón de dólares, pero el hecho indudable es que nadie le vio llegar a su casa con una maleta, y era lo menos que se necesitaba para transportar tanta cantidad de billetes.

—¿Y no se le ocurre a usted dónde puede estar el dinero?

—Hablando sinceramente, no, Yolanda. Por favor —pidió de pronto—, ¿querría usted prepararme un poco de café?

Ella se puso en pie en el acto.

—Claro que sí —sonrió, a la vez que se pasaba las manos por las caderas—. Volveré dentro de cinco minutos, Joseph.

—Joe —sonrió él—. Así me llaman todos, Yolanda.

Tellent reclinó la cabeza en el respaldo del sillón. Cerró los ojos y procuró figurarse el espacio que ocuparían los seis millones en billetes. Dado que los habría sacado en billetes pequeños, de pista fácil de perder, calculó que debían de ocupar el sitio correspondiente a seis maletas de tamaño más que regular.

Y, ¿en qué lugar de la finca estaba semejante masa de dinero?

Yolanda volvió poco después, con el servicio de café. Fue a llamar al abogado, pero se dio cuenta de que Tellent se había dormido profundamente.

Sonriendo, se sentó frente a él. Ya era de noche cerrada cuando Tellent abrió los ojos.

—Me he dormido como un chiquillo —se disculpó.

—Así ha relajado sus nervios, que era lo que necesitaba —dijo la joven—. Ahora mismo le prepararé algo de comer...

El teléfono sonó de pronto. Yolanda tomó el aparato, escuchó un instante y luego extendió la mano.

—Es para usted, Joe —dijo.

Tellent se puso en pie, a la vez que se pasaba los dedos por el revuelto cabello.

—Habla Tellent —dijo.

—Soy Rosey. Quiero darle una prueba de mi inocencia, abogado.

—Me parece magnífico —contestó el joven—. ¿En qué consiste esa prueba?

—¿Por qué no viene a verme?

Tellent dudó un momento. ¿Y si se trataba de una trampa?

Rosey notó sus vacilaciones y se echó a reír.

—No tema, abogado —dijo—. No voy a prepararle una encerrona. Todo lo contrario; es muy probable que haya encontrado lo que tanto le ha preocupado durante los días pasados.

—¿Se trata del dinero? —preguntó Tellent ávidamente.

—En efecto, al dinero me refiero. Dese prisa; le estoy esperando. Hasta ahora.

Tellent colgó el aparato y se volvió hacia Yolanda.

—Creo que Rosey, el guarda de la finca, ha encontrado el dinero —dijo.

—Pero eso es estupendo —exclamó ella—. Joe, tenemos que ir allí cuanto antes.

—¿Cómo? —Respingó el abogado—. ¿Usted también?

Yolanda alargó la mano y recogió su bolso.

—Yo también —afirmó resueltamente.

CAPÍTULO XIV

Tom Rosey los aguardaba junto a la cancela y abrió apenas vio que el auto se detenía frente a la entrada. Tellent y Yolanda saltaron rápidamente al suelo y corrieron hacia el guarda.

—¿Es cierto que ha encontrado el dinero? —preguntó Tellent con ansia.

—Creo que sí —respondió Rosey—. Sígame, por favor.

El guarda encendió una linterna y echó a andar por el camino enarenado. Tellent y Yolanda iban tras él.

Rosey apagó la lámpara al llegar a las inmediaciones de la terraza. Tellent se dio cuenta de que la piscina estaba vacía.

—No irá a decirme que el dinero está debajo de las baldosas del fondo, Rosey.

—Oh, claro que no —rió el aludido—. Venga, por favor.

—¿Dónde está la señora Honnard? —preguntó Yolanda.

—Junto al dinero..., es decir, en el sitio donde suponemos que está el dinero —respondió el guarda.

Instantes después, llegaban a aquella caseta que Tellent había divisado en cierta ocasión entre los árboles. Margot estaba junto a la puerta la cual se veía abierta de par en par.

—Buenas noches —saludó parcamente la hermosa mujer.

—Buenas noches, señora Honnard —dijo Yolanda—. Celebro verla de nuevo.

—Gracias, señorita Dubbett. —Margot dirigió la vista hacia el abogado—. Tom cree haber encontrado el dinero —dijo.

—Será cosa de comprobarlo —contestó cautamente Tellent.

—Ahora mismo lo intentaremos —dijo Rosey—. ¿Se acuerda de lo que pasó por la tarde, cuando llamaron para decir que la bomba del agua estaba estropeada?

—Sí, por supuesto.

—Bien, entre conmigo y se lo explicaré con más claridad.

La caseta era muy pequeña y permitía escasos movimientos. Tellent vio en el centro la instalación de alimentación de agua de la piscina, sujeta a una gran plancha de hierro con cuatro enormes tuercas.

—Tiene que estar ahí, no puede ser de otro modo —dijo Rosey, señalando la bomba.

—¿Cómo lo ha deducido?

—Esta tarde vine a ver si podía reparar la supuesta avería. No era gran cosa y lo conseguí, pero se me escapó una llave inglesa y cayó sobre la plancha asentada encima del cemento. El ruido sonó a hueco, señor Tellent.

Detrás del joven sonó una apagada exclamación. Yolanda creía haber comprendido al fin.

—Un buen truco —dijo Tellent—. ¿A quién se le iba a ocurrir buscar una caja fuerte debajo de la bomba del agua? Habrá que moverla —añadió.

—Por supuesto —convino Rosey.

—Les costará mucho —alegó Yolanda.

—Nada de eso —sonrió el guarda—. La bomba se asienta sobre la plancha, pero tiene ruedas por debajo, que apenas se ven. Basta empujar a un lado...

—Y aflojar las tuercas para levantar la plancha —dijo el abogado.

—Justamente. ¿Quiere ayudarme, señor Tellent?

Los dos hombres hicieron rodar la bomba hasta un rincón. La plancha, de más de un metro cuadrado de extensión, quedó completamente libre.

Tellent se arrodilló y golpeó con los nudillos.

—Sí, suena a hueco —dijo.

—Eso les probará que Tom no mató a mi esposo —terció Margot.

Tellent le miró de soslayo.

—Puedo dar por sentada la inocencia del señor Rosey —contestó —, pero cualquier policía, en mi lugar, les diría que bien han podido enseñar el escondite del dinero, viéndose acorralados, con objeto de justificar esa inocencia. Si lo consiguieran, el dinero seguiría siendo de ustedes dos.

—Todavía no nos hemos casado —dijo Margot, sofocada.

—Se casarán —aseguró Tellent, sonriendo—. Tom, ¿dónde hay una llave inglesa?

—Ya la tengo preparada —contestó el guarda—. Déjeme, por favor.

Rosey actuó rápida y eficientemente. En pocos minutos, quedó la plancha libre de sus tuercas.

Pero al ir a levantarla, vieron que no podían hacerlo.

—Está asentada de una manera muy justa —observó Tellent—. Se necesitaría una palanca o algo por el estilo. Ah, aquí veo una pequeña muesca en el cemento...

La muesca parecía practicada para meter el extremo de una palanca. Rosey miró por todas partes, sin encontrar una herramienta a propósito.

—Debo de tener algo en mi vivienda —dijo—. Espérenme, por favor. Margot, ¿por qué no preparas algo de beber mientras?

—Sí, querido.

Tellent y Yolanda quedaron a solas, cruzándose una mirada de inteligencia entre ambos.

—El manda —murmuró Yolanda.

—Y Margot Obedece encantada —sonrió Tellent.

—¡Oh, el amor!

Pasaron algunos minutos. De pronto, se oyeron pasos.

Un hombre apareció en la puerta. Tenía una palanca de hierro en la mano izquierda y con la derecha empuñaba una pistola.

—Hola, curioso —saludó Dirk Borton.

Tellent le miró fríamente.

—Casi pensaba que ya no acudiría —dijo.

—¿Me esperaba, colega?

—En cierto modo, sobre todo, después de la conversación que sostuvimos esta tarde en su despacho.

—Es cierto —admitió Borton con desenvoltura—. Yo ya sabía que el dinero estaba aquí, pero después de su visita, empecé a pensar que no me convenía que los seis millones siguieran aquí por más tiempo. He venido a llevármelos.

—Después de matarnos —dijo Tellent, contemplando el silenciador de que estaba provista el arma—. ¿Es el arma homicida? —preguntó.

—Si se refiere a Honnard, le diré que sí. Claro que luego no van

a poder repetirlo a nadie —contestó Borton con tremendo cinismo.

—Era extraño que administrando usted los bienes de Honnard, declarase ignorar las extracciones de dinero —manifestó Tellent—. Eso me hizo sospechar de usted inmediatamente.

Borton sonreía.

—Hablé así intencionadamente —contestó Borton—. Sabía que usted lo iba a advertir inmediatamente y que vendría a la casa a tratar de encontrar el dinero. También pude darme cuenta de que es un hombre listo y acabaría por darse cuenta del lugar donde están los seis millones. Usted no podía mirar en la casa, puesto que el dinero ocupa demasiado espacio para ser guardado en una caja corriente, de las que se empotran en la pared. Por lo tanto, buscaría en muchos sitios... y ha llegado al adecuado.

—Rosey vendrá enseguida... —dijo Yolanda, tratando de atemorizar al abogado.

Pero Borton se echó a reír.

—Rosey está durmiendo apaciblemente —declaró—. No se preocupen por él.

—¡Lo ha matado! —exclamó Yolanda.

—No, sólo le di un golpe para quitármelo de en medio. Claro que le atacué por detrás y no sabe quién lo hizo. Colega, levante la plancha de hierro —dijo Borton, a la vez que lanzaba la palanca a los pies de Tellent—. Cuidado con gastarme una jugarreta; no le daría tiempo, ¿entendido?

—Se anotaría usted la tercera víctima —manifestó el joven—. Cuento también a Sandyn, por supuesto.

—Tuve que quitarle de en medio. No me convenía que repitiese a nadie dónde podía estar escondido el dinero.

—¿Sólo el dinero? —preguntó Tellent.

—Hay también algunos documentos de importancia —respondió Borton—. No me interesa que se divulguen.

—Claro, como que seguramente probarán las barbaridades que usted cometía con el dinero de Honnard. A propósito, ¿cómo lo mató?

—No fue difícil. Salté por el otro lado de la tapia y esperé a que Rosey se alejase lo suficiente. Le disparé un tiro y... Pero no lo hice por haber metido las manos en su fortuna.

—¿No? —murmuró Tellent.

Borton hizo un signo con la cabeza.

—Los motivos son muy distintos. Ciertamente, seis millones son mucho dinero, pero la fortuna de Honnard no era tan grande como la gente suponía. Tiene negocios, es verdad; sin embargo, no eran sino la tapadera de otros menos legales.

—Empiezo a comprender el porqué de las intervenciones de esos pistoleros —dijo Tellent.

—Sí. Honnard era el jefe. Al morir, tanto Johnny «El Frío», como Frank «El Buitre», quisieron hacerse con la jefatura de la banda y pelearon entre sí... y contra cualquiera que quisiera arrebatárles el dinero que suponían había escondido Honnard. Naturalmente, yo me mantuve al margen de esas luchas; podía asesorar legalmente a Honnard, pero no tomaba parte en sus otros... negocios.

—Entonces, lo de la insania mental de Honnard no era cierto —dijo Yolanda.

—Desgraciadamente, sí. Parece raro, pero era así. Tenía la manía de que su Banco iba a quebrar y empezó a sacar el dinero para tenerlo seguro en su casa. Yo le dejé hacer; me convenía. Cuando vi que la cuenta corriente estaba poco menos que a cero, entonces...

—Vino y lo mató —afirmó Tellent.

Borton sonrió.

—Vamos, colega, levante la plancha, por favor —pidió.

Tellent obedeció. La plancha era más pesada de lo que parecía y, pese a sus hercúleas fuerzas, le costó trabajo situarla en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Entonces vio un hueco pequeño, cubierto por la tapa de una caja fuerte corriente. Su asombro fue tan grande, que estuvo a punto de soltar la pesada plancha de hierro.

—Vamos, aprisa —gruñó Borton.

En aquel momento, sonó un disparo.

Borton lanzó un gemido de angustia y se volvió. Otro disparo le alcanzó de lleno, derribándole en el mismo umbral de la puerta.

—¡Al suelo, Yolanda! —gritó Tellent, a la vez que se ponía de rodillas para cubrirse con la plancha.

La joven obedeció de inmediato. Un hombre armado apareció en la puerta.

Alguien lanzó un grito en el exterior. Terriblemente sorprendido,

Frank Byrd se volvió en redondo.

Alguien, a su lado, chilló:

—¡La policía!

—¡Ríndanse! —Sonó la voz del sargento Coltin.

Luke empezó a disparar. Una ametralladora tableteó.

—¡No, no! —chilló Byrd, ciego de pánico.

Pero estaba al lado de su esbirro y la ráfaga, como a Luke, le alcanzó de lleno.

Coltin corrió hacia la caseta.

—¡Joe! ¿Estás bien? —gritó.

Tellent lanzó a un lado la plancha de hierro. Yolanda se ponía en pie en aquel momento.

—Salgamos —dijo.

Coltin se les acercó.

—Les estábamos vigilando continuamente —explicó—. Cuando vimos que se dirigían hacia aquí...

—No sigas; te comprendo perfectamente —cortó Tellent.

Un policía llegó en aquel momento, llevando del brazo a un sujeto muy asustado.

—Éste fue el que tenía inmovilizada en su casa a la señora Honnard, sargento —declaró.

—Ahora entiendo por qué tardaba tanto en servir las bebidas —gruñó el joven—. Matt, mira a ver si puedes hacer que abran esa caja fuerte. La señora Honnard da su permiso para ello. Ah, y que atiendan al guarda; Borton le atontó de un culatazo.

—Muy bien, ahora me reuniré con vosotros.

Media hora después, Coltin compareció con una gruesa carpeta en la mano, seguido de dos agentes uniformados que transportaban algo parecido a unos gruesos libracos, pero de una forma muy peculiar.

—Seis paquetes —anunció el sargento—. Cada uno contiene mil billetes de a mil dólares. Eso explica el poco sitio que ocupaban.

Tellent silbó.

—Se nos olvidó preguntarle ese dato a tu amigo Saunderson —dijo. Luego miró a la dueña de la casa—. Legalmente, es dinero que le pertenece, pero una vez conocidas las actividades de su difunto esposo, se encontrará en dificultades para reclamar la herencia.

Margot tenía sus manos entre las del guarda.

—Algunas cosas me pertenecen de un modo indiscutible —contestó—. Además, tengo a Tom y es todo lo que me interesa.

Tellent sonrió.

—Ése es un problema que habrán de resolver ustedes dos personalmente —contestó. Ahora veía claro, pensó, por qué Tom ya no tenía a la vista ningún retrato de su difunta esposa. Margot tenía la culpa de ello, se dijo, y no se le podía hacer el menor reproche.

Al cabo de unos segundos, añadió:

—Bueno, creo que yo he terminado aquí mi tarea.

Mañana he de volver a la oficina; estos días mis asuntos han quedado muy descuidados.

Agarró el tarazo de Yolanda y se la llevó.

—Quizá necesite una buena ayuda —dijo, mientras caminaban a lo largo del sendero.

—No tengo ningún inconveniente en trabajar para ti, Joe —repuso ella—. Sé escribir a máquina, taquigrafía, traduzco un par de idiomas...

—¿Qué tal guisas? —preguntó él.

—No es mi fuerte, pero podría salir del paso, Joe.

—Bueno, los libros de cocina, en todo caso, van baratos. Mañana mismo te compraré uno.

—Para escribir a máquina no se necesita libro de cocina —dijo ella.

—Pero sí lo necesitarás para preparar las comidas a tu esposo —manifestó Tellent.

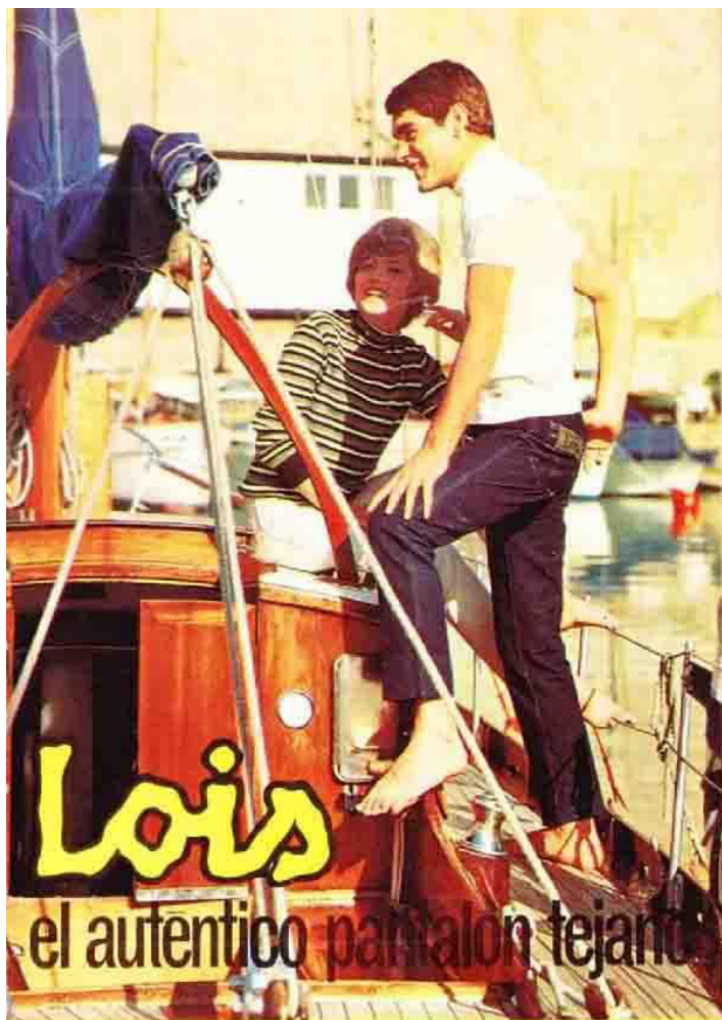
—¿Estoy oyendo una petición de mano?

Tellent se detuvo de repente y la cogió por los hombros.

—Tus oídos funcionan perfectamente —contestó.

Ella sonreía. No dijo nada cuando el abogado se inclinó para besarla.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

